

Diminutos apocalipsis

Relatos de hecatombes cotidianas

Jorge Pérez Diéguez



Tabla de contenido

- [PAULA EN CÍRCULOS](#)
- [DYLAN AL ATARDECER](#)
- [FALSO AMOR](#)
- [EL COLUMPIO](#)
- [EL AMOR EMBRUJADO](#)
- [EL MARTILLO](#)
- [LA PRINCESA SIN CUENTO](#)
- [EL SER DE ARENA](#)
- [LA ESCALERA](#)
- [NIEBLA](#)
- [DOLOR DE MUELAS](#)
- [LOS CAUTIVOS](#)
- [LA PREGUNTA](#)
- [LOS CONFORMISTAS](#)
- [SE BUSCA](#)
- [MALAS COMPAÑÍAS](#)
- [NEVABA](#)
- [UN BILLETE, POR FAVOR](#)

© Jorge Pérez Diéguez, 2019
Corrección: Correcciones Ramos

Impresión:

UNO
EDITORIAL
unoeditorial.com

La reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio,
no autorizada por los autores y editores viola derechos reservados.
Cualquier utilización debe ser previamente autorizada.

«Morir es aprender a esperar,
y vivir, vivir es aprender a ver en la oscuridad.»

Ver en la oscuridad, XOEL LÓPEZ

«Are you able to explain
what the wind intends to do
with a man's shirt and a woman's nightgown
left on the laundry line?»

Master of disguises, CHARLES SIMIC

PAULA EN CÍRCULOS

... ocultando la verdad. Pero Paula tampoco se merece esto. Porque siempre está. Ahora debería. Ahora está en mi cabeza su cara triste del amanecer. No la veo, pero sé que está ahí. Ya nunca quiero verla al otro lado de la cama. Me da tanto miedo girarme y mirarla a los ojos, porque sé que ella está mirándome, mientras la noche todavía merodea por la ventana.

Entonces, el alba va proyectando su sombra sobre la pared, sus pequeños movimientos que finjo no sentir, mientras recuerdo levemente que me había quedado dormido en el sillón.

Salto de la cama. Es tarde. Más allá del mediodía. Paula empieza a desperezarse. Yo me visto a tropezones. Me pregunta a dónde voy. Le digo algo, no sé el qué. Y salgo. Me siento en el banco de siempre. A esperar. Vacío mi mente porque sé que no es justo emborrachar mi mente con cosas horribles ni hermosas mientras estoy aquí, en el frío de este banco, mientras el calor de su cuerpo ha templado la noche. Durante tantas noches, tantos amaneceres.

La calle se llena y se vacía de personas como un reloj de arena caprichoso que no quebrará mi paciencia en los cristales de la angustia.

Ahí estás.

Hoy llevas la falda de rayas trenzada desde tus caderas y el jersey largo rojo con las mangas que casi te cubren las manos, como si quisieras ocultar tus caricias. Bajo la mirada cuando pasas. Sé que estás demasiado lejos, pero tengo miedo de que te fijas en mí.

Espero un poco más. Todavía no. Un poco más. Pero esta vez no te perderé de vista. No quiero que vuelva a pasar lo de siempre. No quiero volver a caminar a toda prisa por las calles, con la mirada torva, buscándote, sin miramientos, con miedo a toparme contigo de frente en una esquina y sentirme

desnudo y frágil. Llegará un día en que no te perderé de vista.

Dejas pasar los nombres de las calles mientras parece que intentas grabar tu recuerdo en sus baldosas. Te diriges hacia el centro, pero por el camino menos transitado. Se nota que no quieres ser vista. Seguro que hoy has salido de casa con calma, que has querido ponerte guapa sin un método preciso, y por eso estás preciosa. Nada ocurrirá. De vez en cuando alguien pasa a tu lado y te mira como si te conociese, pero tú inclinas los ojos.

Te detienes ante un escaparate. No me verás porque me desvío hacia un lado como el viento que ahora aplasta la falda contra tu muslo, el cabello contra tu nuca, el tiempo. Tú eres para mí lo que ese escaparate para ti. Estás en el reflejo de otro cristal. Sacudes la cabeza, te frotas los ojos. Sigues caminando. Paso. Paso. ¿Sabrás hoy a dónde vas o solo caminas? ¿Qué pensarías si supieses que desde hace semanas alguien camina contigo?

Cuando paseo con Paula no te busco. Ahí sé que no estarás, que tú nunca me sorprenderás, sé que la sorpresa eres tú. Pero entonces, ella y yo, nadie más, a veces nuestras manos se rozan. A veces. A veces, cada frase es una promesa que no podremos cumplir, porque la miro como un mago que me ha enseñado todos sus trucos.

Los paseos erráticos con Paula, con su pelo recogido en el que se anudan nuestras vidas. Todo podría haber sido diferente, pero no.

La diferencia eres tú. Los otros hombres no se dan cuenta de que veo cómo se giran para mirarte, y eso me gusta porque demuestra que son estúpidos, porque yo soy el único que no tiene que hacerlo. Desde la primera vez que te vi, lo supe. Desde aquel día en que hui de mi casa porque las lágrimas se me congelaban, porque las paredes se habían vuelto bloques de hielo. Desde aquel día, cuando las nubes se cayeron al suelo y pasaste dejando tu huella sobre ellas y tuve la sensación de que me habías mirado fugazmente, de que nuestros ojos se habían encontrado por un instante, suficiente para que te llevases los míos y me dejases ciego sin ti. Mejor ciego que muerto.

Entonces era imposible imaginarlo, pero desde ese momento lo he tenido

claro. Mejor estar vivo contigo que muerto sin ti. Antes de ti, solo quería correr, correr sin parar, porque sabía que, a fuerza de correr, en algún momento llegaría a un precipicio.

Tú fuiste la señal en el cruce de caminos, la señal que indicaba hacia todas las direcciones. Y me da igual a donde vayas, porque lo único que sé y me importa es que yo también iré. Por eso entro ahora en el parque, detrás de ti, hecho primavera. Ese niño se te acerca, como otros días, y te sonríe y da golpecitos en tu cadera, te ofrece una sonrisa para que te detengas a su lado, para que te inclines y le mires a los ojos. Él hace un torpe número de magia sacando un caramelo de detrás de tu oreja para dejarte boquiabierto. Se enamora de ti y sigues tu camino. Yo paso al lado del niño, le tiendo otro caramelo y, al mirarle, una mano salida de alguna parte acaricia su pelo.

Te detienes frente a un banco, delante de ese tipo bien peinado, a una distancia suficiente de él, mayor que otras veces, que salva para alcanzar tu mano con la suya para sujetarla, delicado pero firme, y tira de ti hacia él. Te sientas en el banco. Hoy la distancia parece más tensa que otros días. Te coge la mano con más fuerza, igual que mis manos se cogen ahora la una de la otra, del mismo modo que tu mano serpentea para liberarse, mientras que las mías se aferran a una esperanza inaprensible. Él salva otra vez tu distancia y se acerca a ti, te acaricia el pelo, como otras tardes en el parque; quiere enredar tu cabello entre sus dedos, pero no, esta vez se le escapa, esta vez tus hilos son escurridizos. Tu mejilla en las yemas de sus dedos, dibujando tu piel igual que los pintores torpes. Tamborileas con tu zapato en el suelo y él habla todo el tiempo palabras pesadas que se desvanecen como humo de ciudad. Sus palmas se elevan. Gesticula inútilmente, porque cuando una mujer quiere decir *que no más*, y seguro que acabas de decirle eso, es *que no más*, es *que no*.

Sonrisa en los labios. Tensión en los dientes. Ahora él aporrearía una puerta con los puños aun sabiendo que al otro lado habita una familia de sordos. El vacío es la mejor respuesta a una pregunta que nadie formula. Porque no es a él a quien odias. Pensabas otra cosa. Pensabas acomodarte en

él, pero no se puede dormir en una hamaca en medio de la tempestad.

Te pones en pie. Ternura en tu mirada. No vuelves la cabeza. No habrá más abrazos ni más besos en el parque con él, no volverás a contener la risa porque sabes que no debes reírte demasiado, no volverás a salir de ese piso secándote las mejillas y con los ojos erizados como lomo de gato, no volverás a darle préstamos de tu vida porque es absurdo prestar la vida, hay que regalarla, con una sonrisa o con una lágrima, pero regalarla.

Se queda allí, con humedad en las solapas de la chaqueta. Pena. Podría haber sido hermano o amigo. Podría haber sido yo.

Sales del parque, observada entre las ramas, entre los arbustos. Eres un animalillo con suerte, enfrentada al tráfico de la ciudad que se tropieza ante ti como un montón de versos hechos añicos. Cruzas la calle. Giras a la derecha. Ciudad arriba. Los que suben la ciudad solo van a un sitio.

Pronto debería hablar con Paula. Pero ¿cómo iba a ser capaz? ¿Cómo se le dice a alguien que todo ha cambiado? ¿Cómo se dice eso? Después de comer, tomando café, sentados tomando café, con los ojos cayéndose en el pozo negro de la taza. «Paula, creo que ya no estoy enamorado de ti». Pero creo que cuando dijese: «Paula», ella ya sabría lo que le iba a decir. Entonces solo habría el olor del café y las paredes se quedarían frías. Ella se daría cuenta de todo y el silencio sería nuestra última conversación. Follaríamos. Un último escalofrío. Nos miraríamos a los ojos para que toda nuestra vida juntos bailase entre nuestras miradas, imaginándonos qué sentiríamos cuando ya no hubiese una cara al otro lado de la cama. Seguro que lo sabría. Ella lo sabe todo, pero solo diría lo que yo quisiese escuchar. No nos odiaríamos porque sobre el cadáver del amor no puede crecer nada.

También podría no hacerlo, no decirle nada. Hay gente que no hace nada. No tomaríamos café. Ningún polvo sería el último. No tendríamos que enfrentarnos al álbum viviente de la melancolía. Si no lo hago, solo quedaría de nosotros una mancha de humedad en el techo, el musgo sobre una roca apartada. Y yo no quiero eso para ninguno de los dos. Debemos rodar, mirar al

cielo en las noches claras desde ventanas distintas en lugares distintos, entornando la mirada al saber que dormiremos bajo la misma luna. A veces, casi siempre, es difícil compartir con alguien el mismo espacio y el mismo tiempo.

Yo no entraré ahí. Al acercarme a la puerta ya se me congelan los pies, se me quedarían pegados en la gravilla del suelo. Te vigilo desde la entrada. Observo los colores de tu falda como un ramo de flores cuyo final será pudrirse sobre una lápida. Ahí no puedo seguirte, pero te observo, zigzagueando por ese laberinto de mármol.

Las rodillas me tiemblan y me encojo como un animal asustado. Te detienes ante la tumba de siempre, tan pequeña que apenas puedo distinguirla desde aquí. Pero yo ya no volveré a entrar en este sitio, ya no volveré a quedarme dormido al atardecer tierno del verano, tan lejos del murmullo de la ciudad, difuso bajo el trino de los pájaros invisibles que quizá son las almas de los que ya no pueden salir de aquí si no es hacia arriba y tan cerca de su silueta de edificios viejos. Porque al salir del cementerio, sus muros siguen custodiando tus pasos y no es bueno vivir encerrado para siempre, no más allá de uno mismo.

Te acuestas sobre la tumba, la acaricias, te acurrucas sobre ella y dejas pasar el tiempo, quizá con la esperanza de que se deslice por algún sendero equivocado que lo vuelva a tu favor, que te devuelva a un momento lejano, porque la vida se aleja tan rápido de la muerte que el instante siguiente confunde ya la realidad con los recuerdos.

Dejo que la cara se hunda entre las manos, en la oscuridad, en la sucia penumbra de mi cerebro. Me entrego al vacío como un suicida envuelto en la niebla. Pero tú apareces en ese vacío, lo asaltas con imágenes fugaces de ti.

La primera vez que reíste sentada en un banco, aquella vez que diste de comer a las palomas, aquella que te sorprendió la lluvia y no huiste de ella bajo los balcones, aquella que te compraste un globo para pasear con él, cuando tomaste un café y fumaste un pitillo antes de irte a casa, cuando leíste

aquel libro que dejaste olvidado. Las veces que vas al supermercado y parece que compras comida para dos, las veces que te diste la vuelta de repente y volviste sobre tus pasos, todas las veces que te has rascado el hombro derecho, las que has dado una limosna y las que ni siquiera has reparado en el mendigo, las que has ido al cine y ni siquiera has mirado a la pantalla, las tardes de verano en que pedías una cerveza en un bar y te la bebías de un trago, y cuando una canción que salía de una tienda te detenía en mitad de la calle. La piel erizada de tus brazos, tus dedos tamborilean un escaparate, tu pitillo casi quemándote la boca, la boca, el disimulo y la confianza de tus pies descalzos. Cuando compraste un billete de tren y después, sentada en un banco de la estación, lo dejaste ir.

Ahora camino hacia ti por este sendero de cadáveres como la lengua macilenta de un viejo monstruo, ya con los pies bajo tu vestido, péndulo de sangre, que oscila en el borde de la tumba. La mano se abre y se acerca a ti, por su cuenta, para mi riesgo, al leve estremecimiento de tu brisa. Tiembles bajo la agitación de la mano, imposible saber cuál es mano o cuál marioneta. No debería ser así, pero algo empuja a la mano que casi rozas con tu cabello. No debería ser así, no debes encontrarme aquí, como un fantasma, para hacerte huir. Mano o marioneta. Otra mano, más grande, más fuerte, me arranca por el hombro hacia atrás haciéndome caer sobre otra tumba. Un hombre enorme me desafía con la mirada y con los dientes apretados, un tipo enorme como un mausoleo se acerca. Pero no hay miedo a él, solo a ti, que te incorporas lentamente, igual que una Julieta desengañada, y no debes verme así, arrastrado sobre una tumba, bajo el infinito plato gris del cielo lleno de destellos blancos.

La cara se hincha y enrojece, los dientes se aprietan y asoman como lápidas de niños, y los puños son corazones de odio. Quisiera levantarme, abalanzarme, ser, por una vez, indomable, pero no lo consigo, empiezo a hundirme en esta tumba, blanda ya como un colchón viejo. Sin embargo, en pie, preparado para la pelea, con los brazos arremetiendo contra gigantes.

Impotencia. Inclemencia. Intentar huir, correr a la deriva, pero con el viento en contra, con el horizonte de espaldas, el gigante, andando, se acerca, con sus pasos de gigante, se acerca. Las pisadas siguen su camino, pero no son del gigante, son de tus pies mientras te escondes a medias entre mis dedos que todavía no se atreven a apartarse de mis ojos para mirarte desde mi trono de arena a las puertas de la muerte. De repente, giras la cabeza, con la calma precisa, quizá con la templanza necesaria para poder echar la vista atrás cuando lo que dejas a la espalda es un cementerio; con una quietud que me da tiempo de encogerme, de envolverme en mí mismo para que no me veas, como mucho un bulto de ropa de una talla demasiado grande. Permanezco así, soldado cobarde que no sale de la trinchera, demasiado tiempo, porque al asomar los ojillos entre los pliegues de la chaqueta ya no estás entre los pliegues de nada.

¡En pie, soldado! ¿Dónde estás? Todo son interrogantes e interjecciones voladoras con sombra de murciélago. Las bocacalles se han convertido en cuevas de ladrones que te han robado. Lo intento por una, por otra, por todas. No me puedo creer que hayas desaparecido, como si el gigante te hubiese llevado encerrada en uno de sus puños. Ahora. ¡Ahora! Ahora sí que le vencería.

Los árboles de las aceras conservan todavía tu aroma y las farolas la suavidad de tu piel. Las ventanas de los edificios se quiebran cada vez que pienso en el fragmento de vida que vives sin mí, en los recuerdos de ti que no llegarán, que serán fantasía. Y yo deseo tus recuerdos, los prefiero a mis fantasías, porque lo más probable es que las fantasías nunca lleguen a ser, mientras que los recuerdos, por lo menos una vez, han sido. Tú has sido, y cada vez que te pierdes de mí no puedo evitar mezclar tus recuerdos y mis fantasías, los ingredientes de tu ausencia. Estos pensamientos caen sobre mi cerebro como adoquines lanzados desde los balcones por los que observan llenos de júbilo el desfile de mi desesperación.

Vuelvo calle abajo, tráfico, semáforos, bancos..., al parque en el que el

mismo tipo sigue sentado, fumando un cigarrillo con la mirada perdida porque todavía no ha aprendido que la mirada no debe perderse, que es lo más valioso que tenemos. Y el niño que ya no está, las calles, los hombres que no saben a dónde mirar porque tú no estás, no estás, ¿dónde estás? No me lo puedo creer. ¿Cómo puedo dejar que siempre ocurra lo mismo? Ahora, ¿qué me queda? La confianza en el destino, en que la vida no me guíe hasta el sol, que me guíe hasta ti, otra vez, otro día.

Mis pies me arrastran unas cuantas calles más. Soy una hoja demasiado pesada para ser arrastrada por el viento, así que me deslizo de nuevo a casa, abatido, dejando a mi espalda los escaparates ya iluminados. Ojalá fuese un sendero flanqueado por almendros o por los olivos, pero algunos debemos caminar otras rutas.

Subo por las escaleras acariciando el pasamanos frío y silencioso como una culebra. Subo por las escaleras porque me da miedo llegar, siempre me da miedo llegar, y eso es lo peor para un corazón aventurero. Algunos corazones acaban siendo colmenas abandonadas sobre las que ejercen su venganza los niños que un día serán hombres cobardes.

Abro la puerta con los ojos cerrados. Entrar en una cámara frigorífica no me produciría más escalofríos. Al otro lado de las ventanas ha anochecido sin darme cuenta, como si hubiese subido unas escaleras mecánicas en sentido contrario.

—¿Eres tú? —me pregunta Paula desde la habitación.

—Sí.

Pasa por delante de mí hacia la sala de estar con el pelo recogido en una coleta y su pijama de flores que me abraza tan suavemente algunas noches.

—¿Dónde has estado? —me pregunta desde algún lugar muy lejano.

—Por ahí.

Recoge algunas cosas que lleva a la cocina, con sus pasos muy lentos, con los pies tibios. Yo no sé qué hacer. La veo pasar por delante de mí, con el cenicero lleno de mis colillas, el vaso con mi cerveza templada, el plato con

el bocadillo que inicia su putrefacción. Desearía que todo fuese siempre así, detenido en un punto, viendo las cosas pasar.

—Yo también he salido —dice, pero no le pregunto nada—. Voy a ducharme.

Paula entra en el cuarto de baño y cuando oigo el agua corriendo mi cuerpo se relaja. Es capaz de moverse sin que pueda imaginar su destino.

Me siento en el sillón, justo frente a la foto de Saúl, que me mira como si quisiese traerme un regalo imposible. Me pierdo en su sonrisa, hecha con mis lágrimas, en sus pequeñas orejas llenas de caramelos que siempre quería compartir conmigo. Pero hubo algo que quiso para él solo. Le miro casi pidiéndole perdón por soñar con que todavía puedo tener otra oportunidad, soñar con que podría estar esperando por un ángel que me lleve a otra parte donde recordarle pueda ser una nube en el cielo, un salto sobre un charco, un ratón con regalos, donde el viento en mi mano se confunda con el frágil roce de la suya. Inclino la mirada, como si le preguntase, pero me doy cuenta de que mi Saúl no tenía respuestas, que era él quien hacía preguntas.

—¿Qué haces? —me pregunta Paula desde la puerta del baño entreabierta.

—Nada —le respondo.

—¿Sabes una cosa? —Se asoma a la sala de estar—. He pasado por el parque y me he encontrado otra vez con ese niño. Me ha dado otro caramelo. Es un encanto. —La toalla se enreda en su pelo y en su cuello como una soga de la que no la puedo liberar, que le hace bajar la mirada—. Después he ido al cementerio —se queda callada y se hace más pequeña, tan diminuta que podría jugar con ella entre mis dedos—, pero seguro que eso a ti no te importa. ¿No dices nada?

—¿Cómo estaba? —Las manos se me hunden en los brazos del sillón.

—Limpia.

—¿Le has dado un beso de mi parte?

—Sí..., y también le he dejado el caramelo que me había dado el niño del parque.

—¿De qué era el caramelo?

—De limón.

—Su favorito.

—Sí. Su favorito. —Y sale de la habitación—. ¿Quieres que tomemos un café en la cocina?

Apenas puedo moverme, contestar, respirar, temblar, volar, ver, con los párpados inmóviles hasta que los ojos se cierran agotados por el esfuerzo que les supone seguir...

DYLAN AL ATARDECER

En el coche, el atardecer, después del día de trabajo, era apenas una luz anaranjada sobre el vientre al atravesar la salida del aparcamiento.

Él tamborileaba con los dedos de la mano izquierda sobre el volante mientras los de la derecha se entrelazaban con los de ella sobre la palanca del cambio de marchas. Pelo teñido, uñas pintadas y ojos esquivos. Veinte minutos en la cola para salir, quince del silencio que se ha construido sobre todas las palabras, no palabras que se elevan en muros infranqueables, solo en paredes a las que apetece encaramarse para mirar al otro lado.

Sale otro coche. Solo queda uno más para que ambos puedan irse a casa y no tener que volver a escuchar a Dylan a través del hilo musical del aparcamiento del centro comercial, si no en la bañera, en los antebrazos y en los hombros desnudos.

El coche de delante avanzó hasta la barrera y ellos se acercaron un poco más. Un hombre se bajó lentamente y se dirigió al maletero. Lo abrió, revolvió su interior y sacó una hoja de papel que observó brevemente para, al instante, romperla y dejar caer los pedazos al suelo. Nieve del atardecer. Cerró el maletero y, cuando se giró para volver a entrar en su coche, se detuvo un momento. Los miró a través del parabrisas. No hicieron ni un solo gesto. Él volvió a entrar en el coche e introdujo la tarjeta del aparcamiento en el poste de la barrera, que se elevó. Pero, una vez arriba, todo permaneció inmóvil. Barrera, sol, cristal, dedos, Dylan. Entonces, los dedos de ella también se elevaron, la puerta se abrió y se cerró. Él la vio, no estaba a su lado, ya no estaba en su mano, y la vio avanzar hasta el coche de delante. Esa puerta también se abrió, ella entró y el coche se deslizó por el asfalto. Solo quedaron los rescoldos del día quemando sus ojos que llamaban a las puertas del cielo.

FALSO AMOR

Se acabó. Intento soltar la maraña pegajosa de tu pelo. ¡Con lo limpio que relucía! Como si yo lo hubiese manchado. ¡Con lo fascinante que resultaba su brillo! Abro los ojos y me repugna todavía más. Parece el de una anciana. ¿Dónde está su frescor? Lo veo muy de cerca, con mi boca pegada a tu cuello, mi boca silente que ya no emite una retahíla de deseos insanos, que ya no humedece tu oído con su aliento enfermo, quizá también de amor, o quizá no. Probablemente, el sudor de mi mano al tirar de tu pelo ha sido lo que lo ha mancillado. Nunca me doy cuenta de que ejerzo demasiada tensión hasta este momento, cuando por fin oigo tus débiles quejidos.

Tiemblas. Tiemblas tanto debajo de mí que casi haces temblar mi cuerpo. Como una ratita asustada. Bien. Se ve que ahora me conoces, que sabes lo que me agrada.

Ya no tengo calor, al contrario, empiezo a sentir frío, un frío que proviene del sudor de tu vientre, un sudor abundante que te vuelve resbaladiza.

Y de repente, ¡me das asco!

Siento un violento ataque de repugnancia. Elevo mis ojos, todo mi rostro, te miro y no te reconozco. Tu pelo está enraizado en la tierra húmeda, compactándose con el barro que también te mancha la cara, mezclándose con la sangre que discurre entre tus dientes, que brota de tus labios. Ahora lo recuerdo. Te había mordido los labios con ansia de comérmelos, con el deseo que me había provocado estar toda la tarde mirándolos. Cuando los movías, producían extrañas palabras que tú no podías oír, que tú no querías pronunciar y que, aun así, llegaban nítidas a mis oídos tus órdenes, tus súplicas, a las que yo, débil, accedí.

Y ahora me arrepiento.

No aprendo, nunca aprendo. Sé de sobra en qué se convierte la irrefrenable pasión que me retuerce una vez conseguido su objeto. A mayor delirio, mayor apatía, subido siempre en una montaña rusa que me aprisiona.

Te he hecho daño. Sé que te ha dolido como nunca te volverá a doler nada en lo que te quede de vida, de una vida, la tuya, que carece de significado.

Te miro, cierro los ojos y te miro. ¿Qué ha sido de ti? Pareces una mujer de sesenta años, seca, maldita por tu pecado. Me horrorizas y salgo de ti con aprensión, con la necesidad imperiosa e inútil —lo sé— de limpiar mi falta.

¿Por qué no tenías antes esta apariencia? Un gusano quitinoso oculto en una manzana sabrosa y reluciente. Eso es lo que eres. Como las otras. No consigo encontrar una que no me engañe.

Decepción y colisión.

Todo ha cambiado. Era un sueño. Tú no eres la que eras y yo vuelvo a ser el de siempre. Un sueño que me deja agotado. ¡Qué humillación! ¿No comprendes que habría hecho cualquier cosa por ti? Todo por un sueño justo en el instante previo al amanecer.

Me siento a tu lado. No quiero ni mirarte. Empiezas a sollozar, como si fueses consciente de mi desengaño. Te acurrucas de espaldas a mí, tú con tu dolor, y yo con el mío.

Siempre solo, siempre solos.

La luna se oculta y la nueva penumbra, como un telón teatral, aparta tu imagen de mí, dejándome en la compañía —desagradable compañía— de mis remordimientos y tus lamentos. Laméntate, cúlpate por ser como eres.

No me queda más remedio que odiarte.

—¿Por qué? ¡Dios! ¿Por qué? —preguntas al ritmo de los golpes de aliento de tu llanto.

—Por tu falso amor.

Y me voy.

EL COLUMPIO

«Pareces un viejo, oxidado y solitario como yo, de hierro todavía, pero sin nadie a quien demostrar tu fuerza.

De noche oigo tus chirriantes lamentos, balanceándote al compás del viento; tu único amigo imaginario, tu fantasma más antiguo.

Me gustaría tener ánimo para volver a pintarte, limpiarte la mugre y pintarte de azul... No, de verde y blanco otra vez, y echarte un poco de aceite en las juntas, mas, ¿para qué ese esfuerzo? Seguirías solo, yo no podría columpiarme, no quepo en tu pequeño asiento infantil.

Recuerdo cuando te coloqué en el jardín, te clavé bien profundo para que nunca cedieses a la fuerza de mis hijos y, con el tiempo, enraizaste en la tierra igual que el peral, el avellano, la higuera, los rosales... El jardín está tan descuidado ahora, las plantas trepan por tus hierros y las arañas han hecho de ti su laberinto, camuflado, engullido por lo que te rodea como los barcos hundidos en océanos abisales. ¡Qué olvido! ¡Qué injusto olvido! “Papá, papá, ¡más alto! ¡Empújame más alto!”, me decía Alonso, y dibujaba tu asiento una enorme sonrisa metálica en el aire, verde y blanca, acompañada por la mía, unas sonrisas que el niño no veía, la mía invisible porque estaba tras él dándole impulso para que no cesase su divertimento, y la tuya porque se trazaba bajo sus posaderas y porque era demasiado grande para sus pequeños ojos y su escasa memoria, su fugaz memoria, que así debe ser, pues si fuese imborrable como la de los viejos no podría soportar el remordimiento de haber crecido y olvidado el embeleso que supone oscilar en un péndulo mágico que nada entiende de horas ni de tiempos.

Bajo la higuera, ahora medio podrida, como tú y yo, mi esposa vigilaba que no se cayese ni saliese volando como era su intención, y me reprendía por

darle más impulso del que su cautela podía tolerar.

Más tarde, cuando la noche había vencido el cansancio de sus pocos años, ella y yo nos balanceábamos como enamorados, cogidos de la mano, en silencio, con los ojos entornados, disfrutando de una agradable paz, de la comfortable protección que nos inundaba bajo las enormes hojas de la higuera. Ahora de eso ya apenas queda nada; recuerdos mustios como los rosales, lágrimas inútiles como la lluvia sobre las hierbas secas del jardín, pequeños vacíos como tus asientos, imposibles de llenar.

Debería reírme, rodar por el suelo de la risa, o bien caer de rodillas en un brutal sollozo provocado por el enorme absurdo que representa la imagen de un viejo hablando con un columpio tan solitario como él. Debemos parecer dos viejos amigos que han agotado su última conversación», —dijo el abuelo casi sin tomar aliento, sorprendido porque hacía mucho que no hablaba tanto tiempo seguido.

Era el crepúsculo de un otoño tardío que parecía no querer llegar, uno de los últimos ocasos estivales transfigurándose lentamente en un manto cobrizo, parsimonioso, extrañando a las últimas aves, las cuales se resistían a partir a otras tierras y, persistentes en sus cantos bulliciosos, desentonaban igual que los muchachos que no aceptan que el baile ha terminado porque algún día tiene que terminar.

El sol estaba ya bajo, casi oculto tras las cimas, cansado como el abuelo. Debilitado su calor, difuminado su color y agonizante su fulgor, se deslizaba por el tobogán cetrino, en imperceptible parábola, hacia su fin, suspirando brisas en una lenta agonía.

El abuelo observaba el columpio, hipnotizado por la suave oscilación de sus asientos y el melódico trino del óxido entre sus eslabones. Se desplomó sobre el banco de piedra sin apartar la vista, con una agilidad impropia de sus años y un desdén acorde con su espíritu. Alzó la mirada hacia la traviesa de hierro, la cual, interponiéndose entre él y el sol, lo seccionaba de parte a parte con el poder de la fantasía. Pensó en Luis Buñuel y sumió su mirada sobre la

danza de las hormigas.

—Hacía tiempo —recitó el columpio con su acompasado chirrido—, abuelo. Hacía tiempo, viejo amigo.

—¿De qué? —preguntó el abuelo.

—De que no oía hablar a alguien tanto tiempo seguido.

—¿Tanto tiempo? —preguntó el abuelo.

—Tanto tiempo —respondió el columpio.

—Me he vuelto muy descuidado.

Y giró la cabeza para descifrar la dejadez que el destino había sembrado en el jardín, su retrato de la casualidad, con cada semilla respondiendo a su raíz y su rama a su viento, en un intento de comprender la desidia que había consentido alrededor de su cintura.

—¿Has visto a qué extremos podemos llegar? —interpeló al columpio, mientras se ponía en pie como una rama que se quiebra.

—Está en tu mano.

—¿Quién entiende ya a mis manos? —dijo mirándolas con una leve sonrisa comprensiva que dejaba ver sus encías sonrosadas.

Una hoja de la higuera dibujó su sombra por el cuerpo del abuelo como si trazase un plan en su caída hasta el suelo, donde se pudriría, tal se había vuelto la costumbre, para nacer nuevamente, igual que las almas; el alma de la higuera, de la higuera. Se acercó al tronco, a su firme protección, y arrancó de sus ramas unas cuantas hojas amarillentas que cubrieron sus pies.

—El aburrimiento. Tú debes saber bien lo que es.

—De sobra lo sé —confirmó el columpio—. A veces, el viento me habla de él.

—¿El viento? Ya está mal que hables con un viejo, pero si entiendes lo que dice el viento, es que estás completamente loco.

—Como si tú no lo oyese.

El abuelo se detuvo. Levantar el brazo repetidamente era un ejercicio que no solía hacer, y la fatiga y los últimos calores cobardes del verano se

apoderaron de su camisa.

Se apoyó en el tronco de la higuera y se dio aire abanicándose con la última hoja arrancada. Cerró los ojos un instante y respiró profundamente el suave aroma que desprendía la tenue brisa producida por la hoja, matiz de otro tiempo que despertó su memoria como el vapor de una foto, erosionando una nueva sonrisa en su rostro.

—Los dos debemos estar locos —dijo al columpio, y se pasó la manga de la camisa por la frente reseca.

El bramido de un camión que se acercaba por la carretera le hizo encogerse de hombros. Entonces, su rictus se entornó, las arrugas se hundieron en su rostro por millares y se retiró a la casa sin decir una palabra, apartando las hojas secas a su paso sin atender al crujido de sus lamentos.

La decisión

Con el nuevo amanecer, el abuelo caminaba ante el columpio levantando polvo con los pies, igual que un niño. Se enfrentaba, sin quererlo, al viento fresco que llegaba veloz, empujado por la inercia de su descenso a través de las pendientes de las montañas inclinadas hacia el mediodía. Sondeaba los alrededores ante la rutina de algunas mujeres paseando y de los pájaros revoloteando sobre el camino que bordeaba la finca, con el ceño ligeramente fruncido por el centelleo de los últimos frescores de la noche sobre el jardín, testimonio de la paz que siembra los vergeles solitarios.

—El aburrimiento es lo que mejor conozco. Pero qué te voy a decir de él. Es una visita molesta de la que no sabes cómo deshacerte porque es más cómodo intentar ignorarla. ¿Pero quién puede ignorarlo? ¿Puedes tú? ¿Quién puede ignorar a la propia sombra?

—Eso sí que me resulta imposible —apuntilló el columpio mientras se desperezaba igual que un perro callejero, en un intento de sacudirse el óxido regalado por el rocío durante la noche.

—Por lo menos, te tengo a ti.

—¿A mí?

—Sé que eres fuerte. De sobra lo has demostrado. Te mantienes firme —dijo el abuelo levantándose y comprobando la fortaleza del columpio con cansinos empujones—. Soportaste incansable todos sus juegos y sigues igual de regio, con la altura de un coloso, un titán.

—Es la firmeza con la que me forjaste.

—Entonces, lo hice bien contigo. Y hoy te pediré un último esfuerzo.

—Y sabes que puedes confiar en él.

El abuelo se retiró a la casa y volvió con una cuerda y unas tablas, con el aspecto de un marinero atrevido y bravucón que es capaz de recordar tiempos mejores.

—Hoy quiero columpiarme yo —dijo—, igual que Alonso cuando era niño, aunque en mi caso, sin prisa, de la única forma que soy capaz de hacerlo.

—Recuerdo ahora —narró el columpio— las carcajadas y los gritos del niño, como voces arrogantes del que no teme a nada, intentando patear el horizonte y alejarlo para hacerse así con más espacio sobre el que trazar su elipse perfecta de arcoíris, intentando desentrañar la lejanía, quizá para adivinar lo que podría esperarle al otro lado de la curva celeste y poder encontrar un día lo que decidiera como suyo. Allí habrá ido, ¿no crees? A buscar un paraíso extraño y rebelde como él, al que dominar, del mismo modo que manejaba a su antojo los eslabones de mis fuertes cadenas. Mis fuertes cadenas, las cadenas de un columpio son las únicas que no arrebatan la libertad; al contrario, la envidian y la buscan y la seducen y la revuelven en su torbellino de fantasía.

Mientras el columpio recordaba un glorioso y agrio pasado, el abuelo había atado un extremo de la cuerda en el centro de su traviesa, entre los dos asientos, encaramado a las tablas apiladas formando un inestable pedestal, mientras el otro extremo de la cuerda dibujaba trazos torpes entre sus manos, que la manejaban con cierta dificultad.

—Eso espero —dijo el abuelo intentando mantener la concentración en su tarea—. Todos vamos buscando nuestro destino, o bien, él nos encuentra a nosotros. Pero al final, cada uno tiene lo que se merece.

—No creo que merezcas estar solo ahora, tras tu sentimiento hacia todos los que te rodearon.

—Lo que se merece cada uno depende siempre de lo que se hayan ganado los demás, y si nadie está conmigo ahora es porque se merecían algo mejor que hacer compañía a un viejo que ya no puede apreciarla. Mejor solo que hacer que los demás estén mal acompañados. Mejor solo. Esto ya está —afirmó tras una pausa durante la cual tiró de la cuerda y comprimió sus nudos con un último esfuerzo.

—Ese asiento quedará muy alto.

—No es un asiento, amigo.

—Entonces, ¿qué es?

—El columpio de un viejo que va a columpiarse solo una vez. Mi destino.

Dicho esto, el abuelo introdujo la cabeza hasta la nuez a través de la cuerda angosta y divertida, apenas de puntillas sobre la endeble tarima, desmoronándola a continuación con un leve empujón de sus pies, los cuales no pudieron contener un temblor nervioso que recorría todo su cuerpo a través de la cuerda, tensa al límite, hasta la traviesa del columpio, que producía un siniestro acompañamiento musical insoportable.

Los puños del abuelo se aferraban a sí mismos al final de sus brazos rígidos, demostrando la fuerza de voluntad del que desea hasta las últimas consecuencias, obedientes milicianos que no siguieron el reflejo de aferrarse a las cadenas de los asientos, ni a la cuerda ni a la traviesa de la que pendía el cuerpo. Unas tórtolas se posaron en el vértice que formaban las patas del columpio, atraídas quizá por el trinar de sus herrajes, mirando a poniente y sacudiendo sus alas. Mientras, una mosca merodeaba la frente del abuelo, embrutecida por venas que recorrían sus sienas como impotentes héroes clásicos, y también sus mejillas enrojecidas y contraídas por una forzada mueca de complacencia. El insecto zumbaba alrededor de sus oídos enturbiando sus últimos pensamientos sobre amores, lejanías, decepciones y otras arrugas que adornaban sus ojos y, en silencio, en franco silencio, el sol intentaba cegarle a través de los párpados casi cerrados debido al esfuerzo, agonizante bajo la sombra de la higuera que escondía las nubes en suaves mordiscos, formando así el paisaje un escenario impresionista sobre sus ojos humedecidos.

—No puedo más —gimió el columpio, y se quebró su traviesa en uno de los extremos, cediendo y posando al abuelo con brusquedad sobre el suelo y sobre las tablas amontonadas.

Y allí reposó, incapaz de moverse en busca de un nuevo destino, más tranquilo ahora que el columpio había encontrado el suyo.

EL AMOR EMBRUJADO

La bruja se llama Manuela. Prepara brebajes, pócimas y hechizos, como es costumbre en las brujas. Ella cuenta a sus clientes que nació en Natal, Brasil, aunque en realidad, nació en Viseu, Portugal, pero nadie nota la diferencia desde la sala de estar de su piso en Zaragoza que le sirve de consulta, y a ella le parece más comercial ser brasileña.

A Manuela la brujería no le viene de familia, pero el espíritu empresarial y la intuición, sí.

Quince años atrás, cuando tenía dieciocho y estaba en la universidad de Oporto, empezó a predecir las notas de los exámenes de sus compañeros, que acertaba casi siempre, de tal modo que, a medida que su fama crecía en el campus, y al tratar con jóvenes, el tránsito de las predicciones académicas a las amorosas fue algo casi natural.

Sus vaticinios, advertencias y consejos eran tan sabios y acertados que su fama creció más allá del alumnado, y llegó a padres y profesores, a los que admitía determinados donativos que le ayudaron a llevar una vida acomodada.

Fue en el último año de carrera cuando pensó que el proporcionar algo tangible a sus clientes justificaría la imposición de unas tarifas estandarizadas que fuesen más allá de la buena voluntad, así que se documentó y empezó a preparar pócimas amatorias, tallar pequeños amuletos y diseñar sencillos rituales cuyos efectos solían consistir en su poder de seducción sobre la persona amada.

Con el tiempo, le resultaba más sencillo convencer a otras personas de que podían seducir a alguien, aportarles la seguridad necesaria en ellos mismos. «Al fin y al cabo, todo esto no se aleja demasiado de haber estudiado Psicología», se dice a sí misma esa tarde mientras prepara la pócima para

Alfredo, su próximo cliente, que llegará pronto, a las seis y media.

Alfredo acude a su consulta desde hace dos meses en busca de ayuda para conseguir que se enamore de él una chica que sube al autobús que conduce todos los días a la misma hora, en la misma parada y que se sienta en el mismo lugar, desde el cual él puede verla por el retrovisor, leyendo, mirando por la ventana, hablando sola y, en ocasiones, conteniendo el llanto.

Manuela ya le había proporcionado un amuleto y un embrujo, y hoy él le contaría los resultados.

Suena el timbre. Manuela abre la puerta, se saludan y Alfredo se sienta en el sofá. Manuela le ofrece un refresco que él acepta. Beben y charlan. Alfredo le cuenta que ha hecho exactamente lo que ella le pidió con ese cabello, el agua de azahar y la invocación, pero nada. Él se muestra lánguido, suspira, sin la más mínima confianza en sí mismo, y Manuela sabe que así será muy difícil que Alfredo logre que esa chica se enamore de él. Le ve tan abatido que le gustaría decirle que para que alguien se enamore de uno tienes que estar un poco enamorado de ti mismo, aunque no lo sepas, y Alfredo no lo sabía ni remotamente.

Manuela se sienta a su lado e intenta animarlo cogiéndole de la mano para transmitirle algo parecido a una energía positiva. Después, repasa el embrujo y le sugiere que quizá el cabello que ha cogido del asiento no era de ella, así que le entrega otro embrujo más sencillo, aunque menos eficaz. También le indica que cada vez que le coja y le devuelva el bonobús, la mire a los ojos mientras recita para sí el embrujo con el nombre de ella. Alfredo sonrío levemente, desprende su mano y se despide citándose para quince días después.

Cuando sale del piso, Manuela se asoma a la ventana y lo observa alejándose, con las manos en los bolsillos, la cabeza baja, y su sombra escuálida moviéndose ondulante por la acera. En ese momento, a Manuela le gustaría ser una bruja de verdad y conocer alguna pócima amorosa que verter

en el refresco de Alfredo, pero Manuela, que no nació en Natal, si no en Viseu, sabe que las pócimas de amor no existen.

EL MARTILLO

El vecino se despertó puntual con la melodía *Breeze* de su teléfono móvil. Devastado por la pereza de los miércoles, desembarcó de la cama sin despertarla y deambuló por el suelo frío, tan delgado que sus pies parecían arañarlo, mientras se decidía a tener hambre e intentaba disfrutar del breve espejismo de quietud que le proporcionaba el sueño de sus hijos y su mujer.

Observó la ciudad a través de la ventana, todavía tan oscura que los cristales eran un mármol negro, lápidas anónimas. El invierno había avanzado y, a medida que iba amaneciendo cada día más tarde, él se levantaba más temprano, cogía el autobús hasta la estación de metro, se metía en el que le llevaba hasta el aeropuerto y de allí directamente a la sección de manipulación de equipajes para sostener por unos instantes las maletas de otras personas que venían de otros lugares, que iban a otros sitios. Y así durante meses, sin ver el sol, como si viviese más allá del círculo polar.

Calentó agua para preparar un té verde y, mientras lo bebía, el vapor refrescó su cara y la taza templó sus dedos. Se puso la ropa que había dejado en el salón para no despertarla, pues ella se levantaría mucho más tarde, tanto que ya no recordaba verla desperezarse, sentir su primer movimiento torpe, refugiarse en algún lugar de su cuerpo vacío. Se estremeció, absorto hasta el último trago, apenas un residuo dulzón, al suponer que, si un día ella muriese en plena noche, él no se enteraría, se pasaría el día lanzando maletas, globos plomizos cargados con los sueños y los pecados de otros.

Se preparó un bocadillo con la tortilla sobrante de la cena, cogió el plátano, la manzana y el agua, y lo guardó todo en la mochila. Cuando iba a coger la cartera y el teléfono del mueble de la entrada, vio en el suelo un paquete rectangular de cincuenta centímetros de largo, diez de alto y quince de

fondo, envuelto con papel de color azul, coronado por un lazo de color blanco que sujetaba una nota. Se sentó en la postura india, le dio la vuelta al papel y leyó en un susurro: «Espero haber acertado y que sea muy útil. Felicidades». Y al lado de ese deseo, un corazón dibujado con trazos torpes. Se guardó el papel en el bolsillo del abrigo y elevó la caja con ambas manos, apenas un par de kilos que le arrancaron una de esas sonrisas que se caen de los labios cuando uno está solo. Deshizo el envoltorio con delicadeza, dobló el papel con cuidado, lo dejó en el suelo y la abrió. Contenía un martillo Stanley Fatmax Antivibe, de acero forjado en una pieza, y un cinturón con una pieza de cuero para colgarlo. En la cabeza del martillo estaban grabadas las iniciales *S. C. L.*, que recorrió con un dedo como si las estuviese trazando en ese instante. Lo sostuvo sobre las palmas para calibrar su peso y, con un movimiento ágil, apartó la mano que sostenía la cabeza y lo agarró con la derecha dejándolo girar con la inercia de la gravedad. Se puso en pie ante el espejo en el que nunca se miraba, se ciñó el cinturón y le colgó el martillo, que se apoyó a lo largo de su muslo. Su imagen en el espejo mostraba una mueca arrogante que le resultaba completamente desconocida. Se frotó el cráneo con ambas manos y las deslizó a lo largo de su cara, que apareció ante él de nuevo, esta vez con un aspecto familiar. Escuchó un ruido procedente del dormitorio, un crujido y el golpe de un pequeño objeto sobre el suelo. Se puso el abrigo que le llegaba a las rodillas ocultando el martillo y salió del piso dando un pequeño portazo a modo de despedida ininteligible, sin mochila ni teléfono, olvidados, al lado de la caja.

La niebla se encontraba en su punto álgido, tan espesa que tenía la sensación de avanzar a través de un océano con una densidad muy baja, como si durante la noche las ciudades se hubiesen sumergido bajo el gran deshielo. Escuchó un zumbido y casi se tropezó con un par de figuras de pie ante una fachada. Un par de chicos con ropa de abrigo y encapuchados trazaban con espray la silueta de un elefante cuya trompa estaba rematada en un glante.

—¡Lárgate, coño! —dijo la voz de una chica.

El vecino cogió su martillo con un rápido movimiento y lo estrelló sobre la mano de uno de ellos, apoyada en la pared. El crujido del golpe precedió a un instante de silencio orbital que le hizo suponer que había errado el golpe, hasta que un alarido agudo reseco la atmósfera de repente, y la chica cayó de rodillas.

—¡Hijoputa! —gritó una figura de voz masculina que le apuntaba a la cara con su bote de espray.

El vecino sujetó la muñeca del chico y la apartó de su cara mientras una nebulosa de pintura negra se dispersaba entre la niebla como el chorro de un calamar, y le golpeó con la base del mango del martillo en la frente, lo cual le hizo caer al suelo. Se sentó sobre su pecho, con los brazos del chico bajo sus piernas, introdujo la boquilla del bote en su boca, ahogando sus gritos, y le golpeó con el martillo en la base hasta que atravesó sus dientes probablemente coralinos, encajándolo en su mandíbula. Se puso en pie, se acercó a la chica, hecha una bola confusa sobre la acera, y deslizó la cara del martillo por su sien húmeda y por su rostro congelado en el gesto de un aullido mudo.

El vecino sonrió y le dijo:

—Hay una verdad en este mundo, y es que con una sonrisa y un martillo se llega más lejos que con solo una sonrisa.

Se perdió entre la niebla en unos pocos pasos, tan lejos que dudaba de ser capaz de localizar a los dos chicos si se diese la vuelta, pero el camino de ida, ese, podría hacerlo con los ojos cerrados.

Colgó el martillo de su cinturón y sintió sobre su muslo el mango templado por su mano, con la temperatura exacta de su cuerpo, como una parte de sí mismo recién descubierta.

Dobló a la derecha y, a los pocos metros, donde siempre, estaba ese hombre con un anorak mal abrochado y un pañuelo exageradamente largo al cuello, que le colgaba hasta las rodillas y entorpecía todos sus movimientos. Tenía levantado el capó de su Seat Ibiza y, como cada noche, llevaba a cabo algún tipo de reparación rápida y torpe para arrancarlo, con medio cuerpo en

las entrañas del coche, engullido mansamente por una bestia industrial. El motor traqueteaba mientras el hombre maldecía:

—¡Me cago en la Virgen! ¡Manda huevos! —Y otros reniegos rituales.

—Hoy tampoco quiere arrancar —le dijo.

—¡Vaya si arrancará! —Y después de una risa nerviosa, desafió—. Es él o yo.

El vecino se abalanzó sobre ese hombre cuya cara nunca había visto porque siempre se lo había encontrado en la misma postura. Colocó la rodilla izquierda en su espalda, descargando todo su peso sobre él y acertó a sujetar el pañuelo por ambos extremos alrededor de su cuello mientras pataleaba indefenso. Cogió el martillo y enroscó el pañuelo en el mango, de modo que, al girarlo, la tela se ceñía más y más en torno al cuello, y sus gruñidos se confundían, se ahogaban con los del motor, hasta que ambos se silenciaron, casi simultáneamente, y sintió cómo el vientre del hombre se relajaba y se hundía sobre el guardabarros.

—Esto no tiene arreglo —sentenció mientras desenredaba el martillo y la tela se desvanecía en un último aliento.

Se alejó con el martillo enganchado por la cabeza entre dos dedos, balanceándose rítmicamente, por una calle muy larga, con edificios desproporcionadamente altos para su anchura, lo cual daba a entender que la calle era más antigua que los edificios que la delimitaban. A algunas ciudades, y también a algunas personas, les sucede que no encajan consigo mismas.

Sentía el frío en todas partes: en las aceras, en las tapas de las alcantarillas, en las fachadas, en los contenedores, en los gatos, en las colillas extintas, en la niebla atrapada entre las paredes de ese pasillo habitado e inhabitable.

Al llegar a la esquina vio al autobús alejándose y se sintió culpable por el tiempo que había perdido con esa gente. Contactó por BlaBlaCar con un coche que le recogería en veinte minutos, de modo que entró en un bar que acababa de abrir en la acera de enfrente, cuya luz atravesaba la niebla, pero ocultaba su interior hasta que se encontró a unos pocos metros. Había visto ese bar cientos

de veces mientras esperaba el autobús pero nunca se había fijado en él. El camarero le hacía señas con la mano invitándole a entrar, invitación que aceptó.

—Te invito a un café, hombre —le dijo el camarero, un hombre de unos treinta años, sonriente, delgado hasta la languidez, vestido con una camisa blanca que, sin duda, había pertenecido a su predecesor en el puesto—. El primer cliente del día es el más importante.

El vecino esbozó una sonrisa y se sentó en un taburete de madera que estaba muy frío.

—¿Cómo lo quieres? ¿Solo o con leche?

—Solo —respondió en algo parecido a un gruñido.

El camarero se giró y preparó el café mientras el vecino apoyaba el martillo con delicadeza sobre la barra forrada de metal, con un leve sonido que llamó la atención del camarero.

—¿Tan temprano con la herramienta?

El vecino posó en silencio la mano derecha sobre el mango y el camarero le acercó la taza con el café muy negro y humeante.

—Pensaba que hoy en día ya no se usaban estas cosas.

—No creas —dijo el vecino—. Al final siempre hace falta un martillo.

—¿Me permites? preguntó el camarero acercando la mano izquierda.

—Claro —dijo el vecino, alzándolo ligeramente.

El camarero lo sujetó por la cabeza, lo giró para apoyar el mango sobre la otra mano y sopesarlo.

—¡Joder! ¡Un Stanley! —exclamó el camarero—. Con este colega uno puede ir a cualquier sitio. Y es nuevo, ¿no?

—La verdad es que ya he hecho un par de trabajos con él —aclaró el vecino.

El camarero frunció el ceño y acercó el martillo a su cara.

—Tiene una manchita en la cabeza —Deslizó la yema del dedo índice de la mano izquierda por el borde metálico—. Es algo blanco y pegajoso. ¡No te

habrás dado un martillazo en la chorra! —Y soltó una carcajada profunda que retorció su cuerpo.

—En la mía, no —dijo el vecino, cogiendo el martillo por el mango y dejándolo sobre la barra entre las risas del camarero, que se giró y comenzó a colocar tazas y platos sobre la cafetera.

El vecino bebió el café a pequeños sorbos. Observó la televisión muda anclada en la pared con las primeras noticias de la mañana, unas noticias que parecían venir de un futuro lejano, mientras la mano derecha descansaba sobre el mango. El traqueteo de la vajilla era el único sonido de un planeta cuyos únicos pobladores eran ellos, y pensó si debería ser así, si dos serían demasiado.

El camarero hablaba de espaldas al vecino. Hablaba de la hora a la que el bar se llenaría de gente del barrio, de que la gente del barrio es como una familia que solo se reúne el tiempo necesario, de que él no había tomado un café en su vida porque nunca le había gustado, de que a él lo que le gustaría sería pescar en un barco de altura.

—Y ya te habrás dado cuenta de que el mar me pilla lejos —dijo el camarero girándose con la última taza que tenía que colocar en la mano, pero ya no había nadie.

El coche se alejaba del bar con el vecino montado en el asiento de atrás. En el delantero, un hombre de unos treinta años conducía y otro de unos cincuenta ocupaba el del copiloto. Apenas se habían saludado, al modo de la gente que se conoce desde hace mucho tiempo. En la radio sonaba Shakira, distorsionada como si estuviese encerrada en el maletero.

El conductor tenía unos treinta años, era corpulento, con una barba muy cuidada y un flequillo que tenía que apartarse cada poco de los ojos. El acompañante parecía algo más mayor, también con barba, pero en su caso, con la cabeza rapada, vestido con ropa elegante pero cómoda, la típica que se pone la gente cuando va a coger un avión, y lucía un semblante taciturno, con el codo apoyado en la base de la ventanilla y la mejilla apoyada en la mano.

—Me llamo Antonio —dijo el conductor—. ¿A dónde vas?

El coche olía a tabaco del día anterior.

—Al aeropuerto —contestó el vecino.

El conductor golpeteaba el volante con los dedos.

—Eso ya lo sé. Me refiero a después —replicó el conductor—. Aquí el compañero se va a... ¿A dónde habías dicho que ibas?

El limpiaparabrisas marcaba su compás sobre el cristal apenas húmedo.

—A Fez —dijo el acompañante entre dientes.

El coche flotaba por un embalse de asfalto.

—¿Fez? Te había entendido otra cosa. ¿Dónde está eso? —Y se dirigió al vecino—. ¡Oye, no te olvides de ponerte el cinturón!

Los bostezos del acompañante dejaban el interior envasado al vacío.

—En Polonia —respondió el acompañante con una ironía ausente.

El cinturón de seguridad era como un abrazo indeseado.

—Entonces, ¿a dónde vas tú?

La cabeza del martillo se le clavaba en la cadera.

—Al aeropuerto. Tengo trabajo allí.

Un tren atravesaba el horizonte.

—¿Qué hora es? —preguntó el acompañante.

Un avión trazaba la bisectriz de su milagro.

—Llegamos. Llegamos —susurró el conductor.

El reposacabezas empujaba la nuca del vecino en una posición forzada.

—Era broma —dijo el acompañante—. Fez no está en Polonia.

El vecino sintió el sonrojo de una bofetada en sus mejillas.

—Bueno —sentenció el conductor—. Pues aquí paz y después gloria.

El aeropuerto se elevó sobre el suelo como una primera pirámide inca, un santuario antiguo que debería seguir siendo un misterio devorado por la jungla de los siglos.

—¿Os dejo en salidas?

—¿Te importa parar más adelante? —preguntó el vecino—. Es que llego un

poco tarde.

—A mí me da igual —dijo el acompañante.

Pasaron de largo ante un grupo de viajeros que parecían seres de otra galaxia y siguieron hasta el extremo de la terminal.

—Aquí estamos. ¿Me pagáis?

Un punteo de guitarra eléctrica vibraba en las ventanillas.

—¿Eso es *Quemando tus recuerdos*? —preguntó el vecino.

El crujido de la cabeza del martillo contra el hueso temporal del conductor silenció toda respuesta. El acompañante miró a su izquierda y se echó la mano a la frente al notar las salpicaduras de sangre, por lo cual el primer impacto de las orejas del martillo cayó sobre el dorso de su mano, que retiró sobre el vientre con una mueca impresionista, y su mirada atónita trazó una parábola que recorrió la cabeza inerte del conductor hasta desplomarse sobre los ojos del vecino. Las orejas del martillo se hundieron en el pecho del acompañante que, en un acto reflejo absurdo, sujetó el mango con la mano derecha, como si no quisiese que el martillo le abandonase, el asidero de una vida rota, hasta que todo su cuerpo se relajó y se hundió en el asiento, recostándose contra la puerta, víctima de un cansancio irresoluble.

El vecino recuperó su herramienta con un hábil movimiento de palanca, giró la llave en el contacto y el mundo se detuvo. Salió del coche; los tres euros al lado de la palanca de marchas, la puerta trasera abierta, con la certeza de que su pasado no saldría tras él.

El martillo enrojecido colgaba de dos dedos de su mano izquierda cuando franqueó el acceso reservado al personal de mantenimiento.

—¡Hola, Pedro! —exclamó un hombre de mediana edad, bajo, corpulento y calvo, al pasar a su lado—. Llegas pronto. Prepárate. Yo llevo un par de horas y ya estoy reventado. Estos cabrones parecen llenar las maletas de piedras.

—No será para tanto —dijo el vecino mientras daba un abrazo al otro hombre—. Los bultos pesan lo mismo. Es que nosotros somos más débiles.

—¿Y ese martillo? —preguntó el hombre cuando el vecino se alejaba.

—Es mejor que no lo sepas —contestó girándose y alzando la mano derecha a modo de saludo con una inclinación de la comisura de sus labios.

Entró en los baños al final del pasillo a la izquierda y aclaró el martillo y las manos con agua fría. El frescor del agua le indujo a la sed y no pudo frenar el impulso de hundir sus labios en el agua enrojecida acumulada en la pileta. Esa agua ensangrentada, salada y voluptuosa, le hizo sentir la melancólica plenitud de que su sed estaría saciada para siempre.

Salió del baño y entró en el vestuario que estaba enfrente, fue a su taquilla y se puso la ropa de faena junto con el cinturón y el martillo con la cotidianidad de quien se calza los zapatos del revés. Fue al final del pasillo y entró en la enorme sala de transporte de equipajes donde los operarios, las cintas, los remolques y las maletas procedían con su robótica y multicolor coreografía ininterrumpida, adyacente a un universo al que apenas sospechan que pertenecen. A su derecha reconoció una Samsonite Flux de 121 litros, la maleta expansible más grande de su gama. Apoyó la yema de los dedos sobre su elegante y característico color *Ocean Blue* que pareció congelar sus dedos al instante, y la acompañó en su deslizarse sobre la cinta transportadora para dejar atrás un mundo que no había conseguido pasar el control de equipajes. A los pocos metros arrancó la maleta de su destino, tan ligera que al alzarla pareció elevarse como un globo rígido. La apoyó en una mesa para registros, suavemente, como si pudiese contener un ser vivo, y reventó la cremallera con los dientes del martillo. Al abrirla vio que estaba llena de ovillos de lana de color blanco que se expandieron como un lento latido de niebla que sintió deseos de acariciar, pero temió que los ovillos se elevasen, inaprensibles, y desapareciesen en el cielo, de modo que la cerró de nuevo. Oyó una voz procedente del otro extremo de la sala, a su espalda, que gritó: «¡Eh, usted!». El vecino sacó el martillo de su funda, lo sostuvo al final de la mano derecha, con la izquierda apoyada sobre la maleta, se giró y vio a dos policías de pie, con sus uniformes, que le hicieron sentir que al final todo tiende a encajar, aunque sea a martillazos. Miró a la mano izquierda y pensó que era una suerte

ser diestro.

LA PRINCESA SIN CUENTO

La princesa nació en cierto lugar, en un cuarto con un estrecho ventanuco, envuelta en sangre oscura. Sus nueve hermanos y hermanas esperaban al otro lado de la puerta, atentos a los gritos, lloros, palmadas, y golpes de cacharros. Cuando la reina la entregó a la nodriza, sus hermanos y hermanas casi la oían succionar lánguidamente el pecho magnífico y tragar con dificultad la leche espesa y cálida.

A los seis años, su padre, el rey, murió, y su primogénito fue envenenado por el tercero de los hermanos a cambio de gobernar junto al segundo de ellos. La princesa lo supo porque, escondida, vio el veneno caer en la copa y la mano que lo vertía y el brillo avergonzado de los ojos del asesino.

Sus hermanos gobernaron nueve años, durante los cuales ella aprendió a bordar, leer y escribir. También aprendió a tocar el clavicordio, a cantar muy mal y a pintar peor unos cuadros que todos alababan. En ese tiempo murieron dos de sus hermanas y otra fue encerrada para siempre en los sótanos de palacio por algo que nadie acertó a explicarle. A la princesa también le gustaba pasear descalza por los jardines sin que nadie viese sus pies desnudos bajo los largos vestidos.

En esos nueve años, el reino se empobreció hasta la rebelión y tres de sus hermanos fueron ajusticiados por la masa furibunda. Durante esos años, la princesa permaneció oculta, tejiendo sábanas, cortinajes de oro y sedas, y tocando lánguidas canciones que adormecían a los soldados de la mañana.

Una de sus hermanas huyó a través de la noche con un duque mezuquino, cobarde y rico, mientras la princesa tocaba canciones que nadie oía y bordaba ropas para niños hasta que ya no hubo tela en el cuarto de su encierro.

El pueblo derribó la puerta, la arrojaron por el estrecho ventanuco y, a los

pies del castillo, la quemaron, a la princesa sin cuento.

EL SER DE ARENA

Existen todo tipo de seres. Los hay de hojas verdes, de hierro o de aleación, de licor, de luz y de sombra, de fruta podrida.

H. era un ser de arena con la edad suficiente para tener el grano fino. No tanto como para ser arrastrado por la brisa, pero sí para poder volar plácidamente con el viento. H. vivía en un lugar privilegiado para un ser de arena: el desierto. Allí la vida era todo lo apacible que podía ser para los de su especie. Mucho sol, poca lluvia, horizontes amplios, sin pisadas que lo aplastasen y rodeado de los suyos. Su compañero más antiguo era P.

A lo largo de los siglos había entablado una buena amistad con él, la suficiente para mezclarse, para confundirse y, cuando lo decidían y el viento era favorable, separarse. Lo que más les gustaba era dejarse llevar durante la mañana hasta que encontraban una sombra bajo la que tumbarse para soportar los calores de la tarde y que fuera lo bastante elevada para contemplar los colores del anochecer.

H. disfrutaba enormemente de la compañía de P. Le hacía muchas preguntas, porque P. era más antiguo que H., un grano más fino. Con el tiempo los dos sabían que P. sería cada vez más ligero, más pequeño, y que no le quedaban ya demasiados siglos, quizá ni siquiera demasiados años, para desintegrarse con un viento traicionero que no podría soportar, flotar por el cielo y no volver nunca. Esa posibilidad inquietaba a H., más incluso que al propio P., el cual ya había tenido tiempo para comprender y aceptar el destino de su especie.

—¿De dónde venimos? —le preguntaba H.

—De ahí —le respondía P., señalándole unas rocas cercanas—. Todos fuimos así en algún momento.

—¡Qué aburrido! —le decía H., sonriendo con malicia.

—No lo sé. El viento, el calor, las estrellas son las mismas. Y tú solo tienes que estar.

—El viento es lo mejor —aseguraba H. en una pirueta.

El paso de los días en aquel lugar no traía sobresaltos para un ser de arena. El principal entretenimiento de H. era jugar con el viento, algo que él dominaba a la perfección. Mientras la mayoría se pasaban los días rodando sobre sí mismos, él esperaba las corrientes cálidas, las percibía en cada una de sus partículas, y allá se lanzaba a hacer cabriolas arriesgadas, a separarse, a caerse de sí mismo. Se dibujaba en el cielo, distraído con las formas de sus sombras sobre el suelo. P. se dejaba arrastrar por la vitalidad de su amigo y recorrían el desierto a la búsqueda de aventuras, de aventuras inocentes, pues nunca sucedía nada que no hubiese sucedido de algún modo antes, nada que no estuviese bajo su control. Intentaban atolondrar a los escorpiones, hacerle cosquillas a una serpiente. Pero en ocasiones todo es posible, e incluso a un ser de arena le puede suceder lo inesperado.

Cierto día, el paisaje era un poco más extraño de lo habitual, la línea del horizonte parecía un poco más densa, menos nítida entre un cielo y una tierra más irregulares.

—¿Qué es eso? —preguntó H.- ¿Dónde estamos?

—Una vez, hace mucho, estuve en un lugar parecido —respondió P. —. Creo que estamos cerca del borde del desierto.

—¿En serio?

—Sí, deberíamos volver un poco.

—¿Y qué es aquello? —preguntó H. señalando hacia el este.

P. escudriñó la lejanía, guardó silencio durante muchas horas, quizás durante días.

—Son seres humanos —respondió.

—¿Seres humanos?

—Vienen del exterior. A veces pasan por aquí.

—Quiero verlos.

—¿Para qué? No pueden vivir aquí —dijo P. ante la curiosidad ya insaciable de H.

—Quiero verles. Debo ir allí. Ven conmigo.

—No me interesan. Te esperaré aquí.

H. se subió a un viento del sur y se dirigió hacia los humanos que circulaban en una caravana. P. se aburría y poco después también se acercó, un poco temeroso de lo que pudiera sucederle a su amigo. H. flotaba a escasos metros de ellos, arremolinándose excitado. Los vio hablando, secándose el sudor de la frente. Los niños jugaban, una mujer cantaba, una muchacha se peinaba, un anciano tallaba una pieza de madera. No entendía nada. Improvisación, ritmo, formas. Vida más allá de la planicie del sol, del movimiento de las nubes, de la torpe danza de los escorpiones, una vida que nunca había sospechado. H. volvió junto a P. dejándose caer a gran velocidad.

—¿Tú conocías esto? —le preguntó.

—¿Su existencia? Sí. Son extraños. Aparecen de vez en cuando, atraviesan el desierto temerosos y siempre pasan de largo.

—Todo lo que hacen. —Las partículas de H. rebullían a unos metros del suelo—. Es increíble. No lo entiendo. Nosotros jamás podríamos. Todas las cosas que hacen.

—¿Qué importa? —preguntó P.

—¿Qué importa?

—Sí. Nosotros no podemos hacerlas.

—Pero están ahí. —Y se volvió hacia ellos—. Eso. ¿Ves eso? ¿Qué es? ¿Qué hacen?

—Por lo que sé, supongo que es agua y que la beben —respondió P.

—Beben. ¿Agua dentro de su cuerpo? No puede ser. El agua te destruye.

—A ellos no. La necesitan.

—Pero a nosotros...

—Sí, a nosotros nos destruiría.

—¿Tú la has tocado? —preguntó H.-. ¿Cómo es el agua?

—Yo no sé eso. Ninguno de nosotros lo sabe, y si alguno lo supiese ya no podría contarlo. Del mismo modo que ellos no saben realmente cómo es el viento, el sol, o la luna, o la sombra.

—Pero el agua... Está ahí. —H. se alargaba y elevaba tomando la forma de un tornado, casi arrastrando a P. en su fuerza centrífuga, pero P. era experto en esos giros y desbarató la excitación de H-. Se están bebiendo el cielo. —Se volvió hacia P., que comprendió enseguida.

—Nosotros no podemos hacer eso —dijo P—. El cielo está ahí, nosotros aquí, y ellos, al borde del desierto.

—Yo quiero eso.

—Amigo, nosotros podemos volar hacia el cielo, pero no podemos poseerlo.

—¿Por qué?

—No puedo decirte el porqué. Las preguntas imposibles solo pueden ser un sonido bonito. Y creo que, a pesar de que me preguntas, no quieres mis respuestas.

—Quizá no haya respuestas.

—Las hay. Nosotros somos para el cielo, pero el cielo no es para nosotros.

—Se alejan.

—Ya te lo he dicho. Siempre pasan de largo.

H. se lanzó hacia P. Ambos se mezclaron como viejos amigos que se pelean y que en su violencia hablan con verdades sólidas y duraderas como pedradas.

—No seas temerario, amigo. Los de nuestra especie no podemos saber eso. Somos hijos de la roca y el viento, de lo inamovible y de lo etéreo. Ellos quizá puedan hablar del futuro, pero nosotros... Ni yo ni ninguno de los nuestros que haya conocido ha sido jamás capaz de apreciar los cambios. Lo mejor que puedo desearte es que estés lo más cerca posible de lo que buscas.

Y H. partió sin más, elevándose tan alto que solo los pájaros podrían apreciar su presencia.

Siguió a esos seres humanos durante largo tiempo hasta que salieron del

desierto. Entonces, se adentraron en un mundo nuevo donde la roca, el viento, el sol y la lluvia eran el marco de un universo asombroso. Al principio, mantenía a la prudencia como distancia y al asombro como compañero. Entendió que lo eran todo. Tenían la sutileza del escorpión, la viveza de la serpiente, la placidez de la nube, la fuerza del viento. Se pasaba horas y días contemplando sus caras que describían a cada instante cosas que él jamás podría expresar. Y comían y bebían, y los más pequeños corrían, arrojaban, tropezaban. Se arremolinaba al verlos tan contentos, al verlos abrazados. Horas y horas sintiendo el movimiento de sus bocas, que decían palabras sin descanso, más de las que cualquier ser de arena podría decir jamás, tantas que era imposible que todas fuesen ciertas. Y en un instante, morían. Se caían al suelo, sangraban, palidecían como la roca en el invierno. De ese modo conoció la vida, su complejidad. También conoció el peligro mientras se movía entre amenazas constantes, entre seres nuevos que se le presentaban cada día, que pasaban a su lado, sobre él, bajo su sombra, y que desaparecían tan rápido que apenas podía verlos, como fantasmas que, en realidad, no quieren asustar. Conoció los ríos, su poder asombroso que le impedía acercarse más allá de los árboles; conoció los propios árboles, llenos de vida; aprendió a desprenderse lentamente de la humedad del amanecer que le impedía moverse con la ligereza de siempre; conoció montes y valles, juegos, pueblos, música que hacía palpar cada uno de sus granos, cada uno de sus granos de un color cada vez más amarillento.

Un día, al amanecer, cuando ya había perdido a aquellos primeros seres humanos que le arrastraran fuera del desierto, comprendió que ya no podría volver porque no sabía dónde estaba, porque por mucho que se elevase sobre las montañas, el horizonte estaba flanqueado por interminables filas de gigantes. Entonces, tuvo sensaciones nuevas, sintió pereza, sintió soledad perdido en una magnificencia desconocida, sintió languidez, sintió que no tenía lugar, que no tenía descanso, suelo sobre el que posarse a salvo. Pero H. sintió también que eso era lo que había querido, que había elegido tener que buscar a

la luna entre las sombras y las nubes. Y tiempo después, la incertidumbre desapareció porque tenía la certeza de que la esencia de su elección consistía en no rechazar nada.

Así prosiguió su viaje. Vagó. Sus granos trituraban el mundo. A su alrededor, sonido, trueno de tormenta. Sobre todo, buscaba a más seres humanos. Vio todo tipo de maravillas durante tiempos y tiempos. De la luz a la sombra, del calor al frío, de la calma a los peores vientos que le arrancaban de sí mismo, la luna jugando al escondite con las nubes o con la copa de un árbol o el vuelo de un águila. Siempre algo moviéndose en alguna parte.

Atravesó el gran río cuyas orillas no se podían ver. Se perdió en las calles de algunas ciudades en las que jugaba a chocar con las ventanas, a atravesar a toda velocidad pasillos y corredores donde los suyos no podían tener lugar. Por primera vez, no había tiempo para preguntas ni respuestas, no había tiempo suficiente para verlo pasar. Se dejaba caer levemente sobre los tejados, sobre los muebles, sobre aceras poco transitadas, y allí también se sentía tranquilo, ajeno a todo. Allí supo que un ser puede no ser nada, no significar nada, no existir. Se dio cuenta de que, si no le veían, no le oían, no le tocaban, no le olían, él, solo él, no era suficiente. Se dio cuenta de que había visto demasiado como para bastarse a sí mismo, de que no era más que arena, apenas una partícula de algo que cualquiera podría llevarse en las suelas de sus zapatos, dejar amontonado en un libro demasiado aburrido. Así se olvidó de sí mismo. Tirado en las escaleras de un edificio abandonado largo tiempo, tiempo de edificio solitario, de edificio convirtiéndose en ruinas de polvo muerto caído de las paredes, inmóvil, pensó en otras cosas que podría ser y que serían algo más de lo que él era. Yació largo tiempo encarcelado porque en los edificios abandonados no hay viento. Allí fue envejeciendo con calculada paciencia, perdiendo grosor debido a la erosión provocada por la humedad y las temperaturas. Lo único agradable era el cosquilleo que le producían las ratas con sus diminutas y afiladas uñas y con el pelo suave de sus vientres removiendo su lasitud. Allí imaginó que

acabaría sus días, recordando a P. ante el horizonte del desierto, brillante bajo el sol del mediodía, plácido como la mirada de los bebés en el inmenso universo de sus cunas.

Pero el ser humano no quiso ese fin para él, se interpuso en su camino con sus máquinas capaces de deshacer el mundo, de destruir para crear para destruir para crear nuevamente. Huyó porque no le parecía honroso que uno de su estirpe, que un descendiente de las montañas del desierto se desintegrara en aquella turba geométrica incomprensible. Se elevó sobre esos escombros con desgana, como una nube negra que no sabe qué viento seguir. El calor de la ciudad lo alejó hasta las alturas donde el horizonte se volvía un poco más oscuro. «Ojalá —deseó—, ojalá hubiese podido darle la espalda al sol». Pero allí, en el frío ignoto del cielo, se deshizo de muchas aristas que le sobraban, sobre las manchas de la tierra.

Infinitos horizontes pasaron hasta que un viento del norte lo empujó vertiginosamente hacia el suelo. Tiempos y tiempos arrastrado por la noria de la fortuna, suspendido en el espacio, pendiendo del mundo por un hilo invisible del que por las noches se balanceaba bajo el arco de un lejano columpio blanquecino.

Un amanecer se dejó posar, para sacudirse en lo posible una desazón demasiado insoportable, cerca de una pequeña casa construida al lado de un riachuelo. Sobre una roca observaba el torrente al que podría lanzarse, imaginando que chapoteaba en sus aguas, en las mismas aguas transparentes, informes como él, que tanto le habían seducido hacía tanto tiempo, tan cerca de algo que no podía poseer. Las hojas, las ramas, los insectos, los peces y su propio reflejo podían disfrutar de ese aire líquido en cuyo interior él no podría volar. Sin embargo, pensó que merecería la pena tomar una decisión incomprensible para cualquiera de su especie. Así, se alzó sobre la piedra y se dejó caer hacia la corriente.

La fortuna es un cristal que todos llevamos siempre justo delante de la frente. Algunos mantienen un ritmo tan acompasado que ven el mundo siempre

a través de un prisma perfecto, incapaz de descomponer la luz, pero que tampoco crea reflejos cegadores; otros caminan tan despacio que no pueden ni adivinar sus destellos, y por ello siempre vagan, distraídos en su propia sombra; y unos pocos, en un momento, aprietan tanto el paso que se dan de bruces contra él y lo atraviesan. Entonces todo cambia, el espejo se rompe, quizá quedan las heridas, pero al otro lado está lo nunca visto en su plenitud.

Justo antes de llegar al agua, un ser humano apareció desde detrás de un árbol, tan cerca que no pudo esquivarlo y se dio de bruces contra él. Ya todo estaba dicho y hecho. Se mezcló con su pelo, se desenredó en él, entró en su boca, probó su lengua, su saliva dulce, se clavó en sus ojos desde los que vio el mundo en todas sus formas y colores, en toda su ilusión y profundidad, escuchó el agua y el viento en sus oídos, acarició sus manos y esculpió sus brazos, estuvo en él, fue él, vivió de él, con él, lo sintió, y cuando estaba al otro lado ya no era el mismo, ya no era uno, parte de él se había perdido, había abandonado el pequeño desierto que formaba su ser y se había quedado en otro universo. El ser humano se sacudió la cabeza, tosió, se removió la ropa y H. cayó por todas partes, volvió en sí y fue una aparición suspendida en el aire.

Lo observó. Las manos se le acercaron al rostro hasta que su cara se cubrió de dedos y las apartó húmedas. El gesto se le transformaba como la arena al amanecer y de sus ojos brotaba el líquido que tanto había ansiado, perfecto, brillante, lleno de vida, hasta su mentón, de donde pendía brevemente para despedirse de su fuente igual que él cuando dejó su desierto, y caer del mundo hacia el mundo. Los labios se abrían y cerraban repitiendo el mismo movimiento una y otra vez. H. se acercó a su boca todo lo que pudo, sintió la cálida brisa del aliento haciendo bailar sus partículas, se desprendió de alguna de ellas lanzándolas hacia las gotas que brotaban de los ojos del ser humano, donde quedaban atrapadas como una promesa.

El humano se agachó en la orilla, llenó de barro un cubo que llevaba consigo y prosiguió su camino. H. lo siguió hasta la casa. Una vez allí, el

humano se sentó a una mesa; a su lado colocó el cubo con barro, cogió un puñado y lo depositó sobre la superficie. A continuación, cogió una vasija con agua que estaba al lado del cubo y salpicó con ella el barro, con el agua que caía como una lluvia de diamantes. Sus manos penetraron en la masa marrón y la retorcieron con una serena certeza, la voltearon, la confundieron, le susurraron cosas que H. no podía percibir. «Seguro —pensó—, seguro que están hablando de algo maravilloso», porque el barro comenzaba a erigirse en una forma nueva, más estilizada. Más diamantes, más manos que hablaban con la tierra. Y después cogió un poco de arena que tenía en una taza y la arrojó sobre el barro. Observaba las manos untuosas como si ellas mismas estuviesen también hechas de barro, como si el hombre se estuviese deshaciendo, confundiendo con la arcilla. Se acercó un poco más, sin darse cuenta de que no había dejado de acercarse. Vio en el suelo, en el alféizar de las ventanas, en las estanterías, vio por todas partes su viaje, el mundo congelado en figuras de barro: la luna, el árbol, el niño, la música. También vio el suspiro, el castigo, el beso, el sueño, el miedo, la caricia, la despedida. Todo estaba allí. Todo eran sus manos, todo eran manos mezcladas con el barro. Todo. Todo lo que había ansiado desde el inicio de su viaje estaba allí, para siempre. Todo salía de sus manos, de sus ojos, de sus orejas, de sus labios, de su saliva, de su lengua, de su barbilla, de sus sienes, del pentagrama de su cabello en el viento. Sintió que eso lo era todo incluso antes de haberlo sospechado.

El viento más plácido que jamás lo había arrastrado posó a H. sobre la masa de barro que ya tenía cuello y cabeza y cintura y que empezaba a elevar los brazos en un abrazo imposible lleno de deseo, en un abrazo que era ahora, que era abrazado por las manos del hombre, que era probado por el agua que caía sobre él como el refrescante cielo de las noches del desierto. La caricia pura, deslizarse por los relieves infinitos de su piel, un poco acurrucado bajo sus uñas, donde se protegían los secretos más íntimos. Solo en ese momento, H. sintió que dejaba de sentir algo que nunca había percibido, como un zumbido que se detiene. En ese momento, H. dejó de sentir sed.

Existe todo tipo de seres: los hay de carmín en una mejilla, de mariposa en el suelo, de balón vacío, de reflejo roto, de uña afilada, de grieta en los ojos. Existe todo tipo de seres. Y poco importa porque van a estar ahí de todos modos.

LA ESCALERA

—¿Cuántos años tenías? —preguntó él.

—Trece —respondió ella mientras él se levantaba de la cama y se vestía—. Mi madre se asustó mucho. Supongo que fue ese ruido en plena noche. Tenía el sueño muy ligero. «¡Dios mío! —gritó—. ¡Dios mío! ¿Qué ha sido eso?». Al salir de su habitación, se golpeó el pie con la esquina del armario; vino cojeando y gritando directa a donde yo estaba. «Nena, nena. ¿Estás bien? ¡Ahhhh! ¡Ahhhh!». Ahora que lo pienso, tuvo mucha gracia. Encendió la luz del pasillo y me vio. Me asusté con su cara desencajada, casi podía ver sus pupilas agrandándose igual que cuevas. Me levantó como si fuese una pluma, me pegó contra ella y se sentó en un peldaño. Recuerdo la sensación de sus enormes brazos aplastados contra mi espalda, cubriendo casi todo mi cuerpo. Entonces tuve frío, empecé a tiritar y me hice pis. «¡Manuel! ¡Manuel!», y mi padre se despertó y respondió con su típico y anodino «¡Qué!», y también vino. «Que la niña se ha hecho daño», le dijo.

—¿Y te habías hecho daño?

—No, pero entonces estaba segura de que sí me lo había hecho. Mi padre se agachó, separó los brazos de mi madre y me recorrió con las manos. «Pues yo no le veo nada», le dijo. «¿Estás seguro?», le preguntó ella, y él: «Que no, que no. Que estoy seguro», un montón de veces, y ella misma me separó y me miró de arriba abajo. Mi madre sí que se había hecho daño. ¡Ja, ja, ja! Se había roto el dedo meñique; se le había puesto como un chorizo. ¡Pobre! Se le curó mal y nunca volvió a caminar como antes. En invierno le dolía, me miraba chasqueando la lengua y negaba con la cabeza.

—¿Y nunca volviste a intentarlo?

—No, me había asustado demasiado. ¡Me había llevado tanto tiempo!

Bueno, quizá no tanto, pero a mí se me había hecho eterno. Y ya estaba tan cerca del final, en el último escalón cuando ella vino.

—Ya me lo has dicho.

—¿Sí?

—Sí. Así que te cogieron a la primera.

—Sí. Estuve una eternidad al pie de la escalera. Todo estaba muy oscuro, pero con el tiempo podía verla con más claridad, como si cada escalón surgiese de un vacío negro. ¡Qué grandes parecían los cabrones! Las piernas no me daban para subirlos. Era el Everest. Cada vez que subía un peldaño miraba hacia arriba... ¡Ahora lo recuerdo! Justo antes de la puerta brillaba un poco el acordeón de mi padre colgado de la pared.

—¿Tu padre tenía un acordeón? —preguntó él mientras intentaba ajustarse un poco más el cinturón.

—Sí, de vez en cuando le sacaba el polvo, pero nunca lo tocaba. Yo me imaginaba a mi padre tocándolo, siguiendo el ritmo con el pie, y a mi madre bailando, levantándose el vestido. Siempre me la imaginaba levantándose el vestido. ¡Qué niña era! Me imaginaba tantas cosas... También me acuerdo de mirar hacia atrás y pensar en que ya no podía volver porque a mi espalda todo se volvía oscuro nuevamente, y ni siquiera me atrevía a echar la punta del pie al escalón anterior para comprobar si seguía allí.

—¿Pues sabes qué creo yo? —Esperó unos segundos una respuesta que no se produjo—. Creo que deberías volver a intentarlo. Ahora que tu padre también ha muerto, la casa es tuya, ¿no? Puedes hacer lo que quieras —Sacó unos billetes del bolsillo de su pantalón—. Te dejo el dinero sobre la silla. ¿Crees que podría venir el sábado o algo así?

—Supongo que sí. ¿Pero no te estarás gastando demasiado?

—Bueno, merece la pena —Le guiñó un ojo y se dirigió a la puerta.

—¡Espera! —gruñó ella para sorpresa de los dos, dudó un momento y prosiguió-. Te propongo un trato.

—¿Cuál? —preguntó, soltando el picaporte y volviéndose hacia la cama.

—¿Qué te parece si no te cobro lo de hoy y a cambio tú me llevas? Yo no tengo coche. —Hubo un silencio que los dos habían oído ya demasiadas veces —. Si no quieres o no puedes, no pasa nada. Es que...

—¡No! Supongo que habrá algún día que pueda... ¿Queda muy lejos?

—A unas tres horas, o menos si han arreglado la carretera.

—¿Tanto tiempo hace que no vas por allí?

—Sí, hace años. —Hizo una pausa—. ¿Me llevarás?

—De acuerdo —consintió él rascándose la nuca—. El sábado por la mañana... ¿A las once? Te recojo en el parque.

—Vale. Gracias. Coge tu dinero —le dijo antes de que cerrase la puerta.

Él lo cogió y se fue.

Ella, en lugar de ducharse, se quedó en la cama un buen rato, recordando cosas que creía haber olvidado. Se acordaba muy bien de rezar todas las noches, de que, en realidad, se había pasado muchas noches al pie de las escaleras intentando no repetirse las palabras de sus padres: «Nunca subas al altillo». «Es muy peligroso». «Allí hay cosas que no debes ver». Recordó todas las veces que tuvo el picaporte de la puerta rozándole la mano, sin atreverse a cogerlo, sentada en el último escalón, con el acordeón brillándole en los ojos. Recordó haberlas subido y bajado tantas veces que la última se unía a la anterior en una enorme escalera laberíntica, que subía, bajaba, se giraba, hasta sentir miedo de encontrarse con ella misma trepando por los peldaños, miedo de lograr abrir la puerta y de que realmente fuese el infierno lo que había al otro lado, los perros rabiosos, los muertos mal enterrados, los niños malvados. Se dio cuenta de que aun habiendo subido miles de veces, jamás se habría atrevido a abrir la puerta, de que, como decía su padre, todos nos encontramos con frecuencia con lugares que deben permanecer cerrados, que la curiosidad mató al gato, y entonces su padre fingía darle un zarpazo en la barriga con una sonrisa.

Estaba en la cama con las manos entrelazadas con fuerza sobre su pecho desnudo. Se levantó, fue al armario y empezó a rebuscar en una caja de cartón,

en la cual, después de un buen rato, encontró el viejo catecismo de su infancia, acartonado, aromático como un viejo que ya no puede salir de su cuarto. Se acostó otra vez y comenzó a leerlo. Lo recordaba casi todo: las preguntas, las respuestas, los capítulos bíblicos, los dibujos que le trajeron a la mente la ilusión que había sentido de niña por poder presenciar un milagro, ingresar en un convento y ser una de esas monjitas que se merecen un apartado del catecismo. De repente, se dio cuenta de que no recordaba el cuarto mandamiento y, por ello, no era capaz de continuar recitándolos. Eso la enfureció. El librito se arrugó entre las manos que lo despedazaron, que restregaron sus fragmentos contra sus ojos húmedos. Poco después, bajo una fe hecha pedazos, se quedó dormida.

Subieron al coche el sábado a las once. Sintió una especie de sobrecogimiento al verla vestida con un jersey con un enorme cuello vuelto, una chaqueta de lana, unos pantalones vaqueros muy flojos y unas botas de montaña. Ella se percató de su sorpresa y le dijo, con una sonrisa, mientras subían al coche:

—¿De qué te extrañas? Ni que las putas fuésemos las únicas que tenemos que llevar uniforme al trabajo.

—¿Putas? —replicó él con una sonrisa irónica—. Yo pensaba que eras uróloga.

—No seas ingenuo. Si lo fuese ya te habría dicho que tu caso era incurable.

Durante un buen rato hablaron de los temas más nimios. Él no se atrevía a preguntar algo innecesario y a ella le daba miedo saber demasiado. Se detuvieron a medio camino para tomar café. Pagó ella bajo el argumento de que ganaba más dinero que él. Para entonces las palabras fluían igual que un riachuelo que va creciendo a medida que desciende por sus montañas, que bebe de sus valles.

—¿Has nacido en ese pueblo?

—No. ¿Quieres saber dónde he nacido? Es una buena historia. Nací en el

mar.

—¿En serio? ¡Alucinante!

—Sí. Lo pone en mi carné de identidad. Nacida: a bordo. Provincia: alta mar.

El café sabía a algún lugar muy cercano. Fuera, las nubes, antes solitarias, se acariciaban ahora como empujadas por vientos opuestos, filtrando la luz hacia un día más puro.

—¿Qué tal con esa chica de la que me habías hablado?

—No era como yo pensaba.

—¿Cómo pensabas que era?

—Soltera.

—Eso no tiene que ser un problema insalvable.

—Para ella lo era. Pero no pasa nada. Como decía mi catequista: «Dios proveerá».

Después del café, la carretera se adentraba cada vez más entre las montañas, a medida que el paisaje se volvía un poco más árido y el horizonte era un billete de ida hacia el olvido.

—Supongo que tus padres nunca supieron a qué te dedicas.

—¿Estás loco? Se habrían ahorcado. Pero sin decírselo a nadie. Pensaban que era...

La verdad es que no lo sé, lo que ellos quisieran pensar. No necesitaban mis mentiras, las suyas les bastaban.

El pueblo estaba desierto. Redoble de tambores en el cielo. El río nacía un poco más arriba, a la espalda de las casas de piedra con los tejados llorando sus pesadas lágrimas anaranjadas. Ventanas cerradas, aceras sucias, miradas furtivas, calles con la soledad escrita en sus placas.

Ella le guio hasta su vieja casa. Se detuvieron frente a ella, bajo su enorme sombra geométrica. Se acercó a él levemente hasta rozarse los antebrazos y las caderas de ambos, cuando su temblor se confundía con el viento. Él mismo sintió desasosiego junto con un respeto sagrado que jamás conseguiría eludir.

—Yo te esperaré aquí.

—¿Tú crees...? —ella calló cuando él puso una mano sobre su hombro y después la otra sobre la melena que le caía por el cuello.

—Ya no eres una niña —le dijo.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —preguntó ella.

—Joaquín. ¿Y el tuyo?

—Zara.

—Hasta ahora, Zara.

—Hasta ahora, Joaquín.

Abrió la puerta de la casa con dificultad para dejar salir después hacia el día la oscuridad allí encerrada como un niño al que se le ha perdonado el castigo, y ella no se dejó engullir hasta que esa oscuridad no se hubo apoderado de los alrededores. Después todo fue silencio.

Él vagó por el camino imbuido por un pasado siniestro. A sus pies, las sombras de las ramas de los robles se movían tan rápido que no se atrevía a mirarlas. Todo era ruinoso, preparado para desmoronarse en cuanto ellos se fuesen, y en ese momento no había otra cosa que él desease más que irse. Se detuvo al lado de una fuente cuya agua manaba de un caño que salía de un escudo y caía en un gran pilón cuadrado. En el agua cristalina del pilón se movían torpemente tres peces de color blanquecino con aletas parduzcas. Entonces, en una distracción, la mente se le cayó al agua. Se imaginó que los tres peces habían sido en otro tiempo tres hermanas solteras del pueblo, las cuales, en su juventud, se habían enamorado del mismo joven, y que llegaron a enemistarse por su amor, odiándose tanto que se vigilaban las unas a las otras con tanto celo que nunca se perdían de vista. Apenas se permitían salir de casa para nada más que lo imprescindible, como ir a buscar agua a la fuente. Seguramente, de tanto rencor, a medida que envejecieron, aun después de haberse casado el joven con otra mujer, la piel se les había cuarteado. Cierta día que estaban las tres en la fuente, él, ya casi anciano, pasó por allí y, ante las miradas que cada una veía en las otras, el odio eclosionó en violencia y se

enzarzaron en una pelea, durante la cual cayeron al agua, donde siguieron la contienda durante tanto tiempo que acabaron convirtiéndose en peces para odiarse en un lugar del que su odio no pudiese huir y sirviese de ejemplo a todos los vecinos, porque los malos ejemplos son las mejores lecciones.

Bebió de la fuente, se refrescó las mejillas y el cuello. Sintió la presencia de la niña Zara jugando con las tres solteronas y volviendo a casa con el vestido empapado; la pequeña Zara que quizá debería haberse caído en la fuente y no haber crecido nunca.

—Hola. No he tardado mucho, ¿verdad? —dijo ella de repente tras él.

—Creo que no.

Hubo una pausa de viento entre sus caras.

—¿Qué había allí arriba? —se atrevió a preguntarle.

—Nada —respondió ella.

—¿En serio?

—En serio. Un pequeño altillo que está vacío. Solo hay una silla vieja en un rincón.

—¿Y la puerta estaba abierta? ¿Y el acordeón? ¿Está todavía allí? ¿Por qué no lo has cogido?

—Todo está igual. El acordeón sigue colgado de la pared. No lo he cogido porque era de mi padre y yo no sé tocarlo. Nadie sabe. ¿Nos vamos?

—No me lo puedo creer. ¿Tanto miedo, tanto tiempo, para que no haya nada?

—¿Qué importa! Anda, vamos. Empieza a anochecer.

Entraron en el coche. Mientras salían del pueblo ella tenía la mirada perdida a través de la ventanilla, con los ojos brillantes y lejanos como una mancha lunar, lejanos, lejos, muy lejos en el tiempo.

—¿Qué harás? —preguntó él—. ¿Volverás aquí?

—No —respondió—. Creo que no soy de aquí.

Él podía ver la casa reflejada en el retrovisor, cada vez más pequeña, y se dio cuenta de que Zara se había dejado la puerta abierta. Inclino la mirada

hacia ella para decírselo, pero entonces sus ojos se encontraron y comprendió que no era necesario, que prefería decirle otra cosa.

—Se ha hecho tarde —constató ella mirando su reloj.

—¿Vas a trabajar esta noche? —preguntó él.

—Supongo que sí, aunque no me apetece demasiado —respondió ella.

—¿Qué te parece si hacemos algo?

—¿Y si decido no trabajar hoy?

—A eso me refiero —dijo él—. Si no trabajas, podríamos hacer algo. Ir por ahí, no sé.

—¿Lo dices en serio? —sonrió—. Lo de salir con una puta.

—Bueno —dijo él encogiéndose de hombros—. De este modo, ni tú serías una puta ni yo sería un putero —y preguntó después de un carraspeo que pareció arañarle la garganta—. ¿Tú quieres ser puta para siempre?

—No. Yo no querría ser nada para siempre, ni puta, ni poeta, ni flor, ni pastelera,...

—A mí me gusta jugar al parchís —dijo él—. ¿Quieres que vayamos a mi casa o a la tuya, cenemos pasta, bebamos licor de café y juguemos al parchís?

—¡Sí! —exclamó sin poder contener una breve carcajada e hizo una pausa para entrelazar sus dedos—. ¿Sabes que tengo otro pequeño negocio?

—¿De qué va?

—Pues hace algún tiempo trabajé de lavaplatos en un restaurante, en uno de lujo. Un día, antes de cerrar, estábamos comiendo comida sobrante y al probar el tiramisú, yo dije que el mío era mucho más rico. Receta de mi madre. Uno de los encargados todavía estaba por allí, una mujer mayor muy agradable, y me dijo que llevase uno para comprobarlo. Lo hice, preparé un tiramisú con mucho cuidado y mucho cariño y les gustó tanto que empecé a hacerles el tiramisú. Tuvo tanto éxito entre los clientes que me contrataron para hacerles el tiramisú en exclusiva. A veces me quedo allí, tomando algo en la barra para ver la cara de la gente cuando come el postre. Es genial. En el postre todos vuelven a ser niños.

—Entonces, trae esta noche un poco de tiramisú —propuso él.

—En esos restaurantes cobran a unos siete euros la ración —hizo una pausa y esbozó una sonrisa—, pero bueno, tú hoy te has ganado el postre.

Las montañas ya cubrían el paisaje a sus espaldas. A lo lejos, alguna ciudad dibujaba su perfil de farolas en el cielo.

—Me encantaría no ser puta —suspiró con una mirada que golpeaba el parabrisas—, créeme. Me encantaría.

—Te creo. Te creo. Un proverbio chino dice que la caminata más larga empieza por un paso.

Se quedaron en silencio, refugiados en su diminuto cascarón rodante a través de la oscuridad, con el mundo dándoles un poco la espalda.

—¿Sabes qué dicen de los que nacen en el mar?

NIEBLA

El anciano levantó la cabeza con una sacudida. Se había quedado dormido con ella apoyada sobre un brazo en la mesa del salón. Se frotó el rostro con una mano áspera y el roce de su piel le recordó al de la tierra seca. Acercó la taza de café con leche a los labios pero no se lo bebió porque ya estaba frío. Fue a la cocina, derramó el líquido en una cacerola para recalentarlo y miró por la ventana. Un bloque de bruma empujaba el cristal hasta su tensión de rotura.

—¡Vaya niebla! —exclamó.

Vertió el café con leche ya templado en la misma taza, volvió al salón, encendió la tele, se sentó de nuevo a la mesa y disfrutó de su bebida. Un documental sobre gorilas lo mantuvo absorto durante un buen rato, hasta que torció la mirada hacia el reloj de pared, que marcaba las once y media. «¡Menudas horas!», pensó el anciano. Se incorporó apresuradamente, fue a la cocina a dejar la taza en el fregadero, se detuvo y se preguntó: «¿Pero qué prisa tengo?». Caminó titubeante hasta el pasillo en tinieblas, tanteó el suelo con la punta del pie derecho para encontrar sus botas, se quitó las zapatillas de casa, se calzó las botas, se caló el gorro de lana y se enfundó el forro polar, ya raído, que le habían regalado al jubilarse de su trabajo en el almacén de piensos. Se fijó en la frase que tenía bordada en el lado izquierdo: PIENSOS, LUEGO EXISTO.

—A quién se le ocurriría esta estupidez —refunfuñó.

Al entreabrir la puerta principal, pareció que la niebla la empujaba con intención de asaltar su casa y templarse en un cálido ejercicio de autodestrucción.

—¡Aurora! —llamó—. Voy hasta la plaza un rato.

Permaneció unos instantes en silencio y, al no obtener respuesta, pensó: «¡Hay que ver cuánto duerme esta mujer!», y se aventuró en la espesura con pasos temblorosos. Apenas adivinaba a ver un par de metros más allá de sus pies, pero podría hacer ese camino con los ojos cerrados.

Una silueta pasó cerca del anciano, que alzó su mano izquierda a modo de saludo, pero la silueta se desvaneció sin dar respuesta.

Cuando entró a la plaza, pensó: «¡Qué carajo!», y se desvió por la primera bocacalle a la izquierda en dirección al bar. Empujó la puerta, pero estaba cerrada. Acercó la cara al cristal y oteó la oscuridad del interior. Las sillas estaban colocadas boca abajo sobre las mesas, la máquina de café estaba cubierta con un trapo y un periódico doblado descansaba agónico sobre la barra. Llamó a la puerta con los nudillos un par de veces. «Ni un vino dulce puede tomarse uno en este pueblo», protestó el anciano para sí. Apoyó la mano unos segundos sobre el cristal y se fue, dejando tras de sí la huella de la palma, desdibujándose despacio, reticente y melancólica. Se sentó en el banco bajo la galería de Paco, el Lento, desde el que se podía ver la calle principal en toda su longitud. Paco, el Lento, siempre se tomaba dos o tres segundos para hablar, aunque fuese para contestar al saludo.

—¡Paco! —voceó.

Contó hasta cuatro y dedujo que no estaría en casa. Pasó un buen rato y, cuando un sol estéril se adivinaba como un adorno en el cielo, se decidió a encender un cigarrillo. Pensó que quizá, desde las montañas, algún paisano podría ver la ascua y confundirla con un barco a la deriva. Alzó la mano y lo agitó al cielo.

—¡Aquí hay un superviviente! —vociferó y soltó una carcajada lúgubre.

En ese momento vio al fondo de la calle una luz que se fue agrandando hasta que se dividió en dos. Supuso que se trataba de un coche y los ojos se le abrieron ante semejante coincidencia. Ya en la plaza, cuando los focos casi le cegaban, el coche giró para colocarse en perpendicular. En su interior había dos chicos de apenas veinte años, delgados, vestidos de negro y ambos con la

cabeza rapada. El que conducía bajó la ventanilla:

—¿Por dónde se va al mirador de los chorros? —le preguntó jadeante.

—¿Al mirador? —se aseguró el anciano.

—¡Sí! —dijo el chico dando un tirón del volante.

—¿Al de los chorros? —volvió a preguntar.

—¡Joder! ¡Sí!

—Vais mal —dijo el anciano—. Tenéis que dar la vuelta y girar a la derecha en el primer cruce.

—Pero si venimos de allí.

—Te lo dije, idiota —susurró con hartazgo el otro chico desde el asiento del acompañante, con la cabeza apoyada con desgana sobre la mano derecha, que a su vez estaba apoyada en la puerta—. Nos van a joder.

—Os habréis despistado con la niebla —prosiguió el anciano, inquieto por la actitud de los chicos—. Tomad a la derecha y como tres kilómetros después cogéis a la izquierda por una pista que llega directamente. Pero con este tiempo no os merece la pena ir al mirador.

—¡Nadie va a joder a nadie! —replicó el primero mientras subía la ventanilla—. ¿Cuánto tiempo falta? —acertó a oír el anciano antes de que se alejasen.

Sonrió al pensar que habría sido emocionante pedirles que lo llevaran con ellos.

Sacó un pedazo de pan duro de un bolsillo de su forro polar, lo sostuvo unos segundos en la mano derecha como si se calibrara su peso, aún más, como si se calculara su valor. Lo encerró en su puño y lo arrojó lo más lejos posible, perdiéndose en la niebla y dejando tras de sí el sonido hueco de su caída. Se recostó y fijó la mirada en el suelo, perdido en sus botas. Pensó: “El calzado de ahora es mejor que el de antes”, y recordó sus primeros zapatos, sus primeros zapatos de verdad; y cuando había llegado la electricidad a la comarca, y el miedo que le daban las bombillas. Y recordó las tres únicas veces que había salido del pueblo. La primera, para ir a Soutelo a comprobar

si aquella muchacha era tan bonita como decían; la segunda, para ir a pedir su mano, y la tercera, para casarse con ella antes de traérsela a su casa. Sus labios se entreabrieron y empezaron a murmurar:

—Y yo podría haberme ido. A trabajar al extranjero, a hacer fortuna, como hicieron otros. Yo qué sé. Cada uno encuentra su fortuna donde quiere.

Su boca se selló de nuevo. Recordó cuando la tierra estaba tan seca que no se podía ni tocar, las veces que algún vecino había compartido su comida con ellos algún invierno, el olor de los campos vivos, la melancólica felicidad al despedirse de sus hijos cuando se fueron a vivir fuera, y la emoción de toda la comarca unida para enfrentarse a la construcción del embalse.

El anciano giró la cabeza y una silueta surgió de la niebla. Era Tomás, el Ocho, el último carpintero que había tenido la comarca, al que apodaban así porque se había amputado dos dedos con una sierra, y que vivía en Ábades, el pueblo más grande.

—¡Cuánto tiempo! —exclamó el anciano— ¿No has visto pasar un coche hace un rato?

—No —contestó—. ¿Por qué?

—Unos que se habían perdido.

—No me extraña.

—¿Y tú por aquí? —preguntó el anciano—. Hacía mucho que no te veía.

—No sé. —Se sentó en el banco—. Dando un paseo largo. Y tú, ¿qué cuentas?

—Poca cosa. Tomando el aire, que es lo único que se puede tomar. El bar está cerrado, ¿sabes?

—Sí.

—Estaba recordando los viejos tiempos. ¿Te acuerdas de cuando trajeron la luz? El miedo al lobo. Bañarse en el río. Me acuerdo del pan recién hecho y del pan duro. ¿Y tú?

—¿Para qué recuerdas esas cosas? —preguntó Tomás—. El mundo ha cambiado mucho.

—No en todas partes —replicó el anciano—. Aquí estamos tú y yo, y mi mujer en la casa.

—¿Tu mujer? —Y ambos se quedaron en silencio un rato mientras Tomás encendía un cigarrillo.

—A veces, hay que resistir hasta que los cambios pasen. Justo cuando llegaste me vino a la cabeza cuando quisieron construir aquel embalse y sumergir el pueblo.

—El embalse...

—Sí, el embalse —refunfuñó el anciano—. ¿Te acuerdas de cómo les plantamos cara y salvamos el pueblo? Ni Franco ni hostias. No siempre hay que cambiar; cambiar por cambiar, digo yo.

—Supongo que en cierto modo tienes razón —consintió Tomás después de una pausa, y miró su reloj—. Se me hace tarde. Tendría que volver.

—Y yo. A ver si Aurora se ha despertado ya y empezamos a hacer la comida.

—Pero Aurora... —Tomás no acabó la frase, apoyó una mano en el hombro del anciano y miró con ternura sus ojillos lejanos, tan hundidos que ya solo se distinguía el iris—. Hasta la próxima. Y si necesitas algo, llama, hombre.

Tomás tiró la colilla al suelo. Ambos se levantaron y caminaron en direcciones opuestas. Entonces, el anciano se percató de que el día estaba más claro y se giró lentamente.

—Ya se ha levantado la... —Pero no acabó la frase porque vio que ya no había nadie.

Pudo ver el otro extremo de la plaza, las casas con alguna ventana tapiada, un coche desvencijado sin ruedas, el mendrugo sobre el suelo bacheado, la carretera acorralada por la maleza... Los ojos del anciano se hundieron un poco más y brillaron, húmedos. Los cerró con fuerza. El dique de sus párpados contuvo una rabia antigua, inclinó la cabeza y volvió a casa.

DOLOR DE MUELAS

Se enjuagó la boca con agua tibia con sal, aguantando una ligera arcada. Escupió en el fregadero y se quedó atrapado en el hipnótico remolino espumoso que se escurría por el desagüe. Sus manos se contrajeron como si quisiese desplazar la encimera, se tensaron como si fuese capaz de arrancar la cocina, más aún, de desprender la casa de sus cimientos y separarse del mundo, vencer a la gravedad. Un nuevo pinchazo en el nervio le doblegó hasta el punto de desplomarse sobre la rodilla derecha con un gemido ahogado que rompió en un llanto. Finalmente, se dejó caer en el suelo y se cubrió la mejilla izquierda con la mano.

La inflamación era tan intensa que le impedía sentir su propia piel, dándole la impresión de estar acariciando el rostro de otra persona, lo cual, en cierto modo, le reconfortó. La mueca de una sonrisa extravagante se dibujó en alguna coordenada de la masa informe que camuflaba su cara. Se arrastró hasta la nevera, abrió la puerta del congelador, introdujo una mano y sacó lo primero que encontró: una bolsa con piña cortada en dados, que le trajo a la memoria los sorbetes de frutas que su mujer solía hacerse en las tardes de verano y que, en un travieso egoísmo, nunca compartía con él. Se recostó sobre uno de los muebles. El frío extendía la insensibilidad por su mano y toda su cabeza. A un par de metros, bajo la mesa de la cocina, pudo ver uno de los anillos de su esposa, uno de tantos de los que se perdían por todas partes durante días, uno de tantos. Una lágrima comenzó a derretir la piña.

—Papá. ¡Qué te pasa! —exclamó su hija desde la puerta de la cocina—. ¿Te has mareado? —él alzó la mirada, cayendo en la cuenta de lo lastimoso de su aspecto.

—¿Es la muela? —le preguntó mientras se acercaba y se acuclillaba a su

lado—. Voy a pedir cita al dentista.

Se levantó y llamó con su móvil. Él, con la mirada baja, apenas podía distinguir las pantorrillas de su hija deambulando sobre las baldosas y el sonido de esos pasos precisos, idénticos a los de su mujer.

—El jueves a las seis y media, ¿vale?

—Vale, Natalia —dijo él sin tener ni idea de qué día era ni de cuántos siglos faltaban para el jueves.

—Tómate este Nolotil —Le tendió un vaso de agua y esa pequeña joya color rubí que se tragó dócil, sin importarle si era un calmante o un veneno—. Tenemos que ir al tanatorio.

—¿Al tanatorio? —preguntó con una inocencia aterradora.

Ella le ofreció su mano, él pestañeó y cuando abrió los ojos, Jaime, el dueño del bar donde tomaba café antes de entrar al trabajo, le abrazaba con la sombría frialdad de un cadáver y, por encima de su hombro, podía ver el ataúd al otro lado del cristal, rodeado de centros y coronas, de cintas y cirios eléctricos. Sintió un impulso de saltar por encima de ese hombre y atravesar el cristal para abrazarla, pero Jaime le dio un pequeño cachete de consuelo que le hizo tambalearse con un gemido. Su hijo le ayudó a sentarse en el sillón caliente mientras intentaba hacerle entender con señas a Jaime que le dolía una muela.

—Pero que vaya al dentista —propuso con extrañeza—. Ese dolor es algo horrible.

Recordó la primera vez que le había molestado la muela, apenas tres semanas antes, con una sensación desagradable al dar un trago de un vermú muy frío. Había hecho un gesto, y su mujer, que paladeaba el suyo, le había preguntado si le dolía la muela, le había cogido de una oreja y le había dicho que el lunes le pediría cita y le llevaría al dentista aunque fuese a rastras. Y así fue. Cumplió su palabra y concertó una consulta que no tendría lugar porque ese lunes aparecieron los primeros síntomas devastadores. Vómito, sangre, desconcierto. Horas interminables y decisiones terribles flotaron

durante tres semanas sobre una vorágine de incomprensión e irrealidad.

En ese momento, sintió la presión de los dedos en su oreja y el leve tirón y no pudo sostener una sonrisa que agudizó el dolor. Se hundió en el sillón y las horas que siguieron se licuaron, estrechando alguna mano, consolando algún llanto, extraviando alguna conversación, con el dolor acorralándolo sin descanso, como si estuviese encerrado con un abusón en un cuarto sin ventanas. Poco a poco, el espacio fue ganando terreno a las personas, y el silencio a las voces, hasta que podía reconocer a todos los que le rodeaban. Su hermano, de pie, leía un periódico; sus tres cuñados discutían algo con ira contenida; su suegra miraba al techo implorando que alguien le aplicase una inyección letal; sus hijos se le acercaban como hojas arrastradas por el viento. Todos, incluido él, desempeñaban un papel en el drama.

—Papá —le propuso su hijo unos minutos después—, ya solo quedamos nosotros. Es mejor que nos vayamos a descansar.

—Papá, ¿qué tal la muela? ¿Quieres más Nolotil? —le preguntó su hija.

—Dame la caja —ordenó él—. Ya me los tomaré yo.

—Papá, quiero que pases esta noche en mi casa —propuso su hija.

—De ningún modo. Prefiero estar solo. Y me da igual lo que creáis que es mejor —sentenció.

Hubo un silencio resignado pero aquiescente.

—Tómame una antes de acostarte —dijo su hija tendiéndole la caja de pastillas.

Había fantaseado con llegar a casa y abandonarse, disponer al menos de una noche para recordarla, una vida entera, pero le resultó imposible. Sobre el sofá, su mente, su cuerpo entero se estremecía por el dolor. Se tomó un calmante y practicó la inmovilidad más absoluta en un intento para aliviar la tensión de su cuerpo. Imposible. Se tomó otro calmante. Su puño cerrado estrujaba el blíster de pastillas como un asidero que pudiese arrancar su agonía. La otra mano levemente apoyada en su rostro, retorciendo un cojín. Intentaba recordarla y apenas era capaz de rescatar una imagen fugaz que se

deslizaba por su encía para diluirse en algún punto de su sistema nervioso. Acertó a pensar en un bucle lacerante: «¡Vaya día de mierda! ¡Vaya día de mierda! ¡Vaya día de mierda! ¡Vaya día de mierda! ¡Vaya día de mierda! ¡Vaya día de mierda! ¡Vaya día de mierda! ¡Vaya día de mierda! ¡Vaya día de mierda!».

—Papá, tienes un poco de fiebre —dijo su hijo—, y la mejilla más inflamada. Creo que hay infección.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las nueve y media. ¿Has dormido algo?

—Sí. Un poco. A ratos —mintió.

—Bueno —asintió su hijo consintiendo en la mentira—. En cuanto acabe el entierro nos vamos al hospital.

Salió de la casa disimulando el temblor de sus piernas, intentando convencerse de que el día más importante de su vida había pasado ya.

Las horas pasaron como un desfile de cangrejos, en una nebulosa de ausencias, flotando en un mar cálido de rocas afiladas; y es imposible llorar bajo el agua. Su dolor eran los clavos inexistentes del ataúd de su esposa. Quería compartir esos últimos instantes con ella, pero el corazón le latía en la mejilla con una violencia mecánica, industrial. Los gusanos que deberían regodearse en ese cadáver amado se arrastraban por el interior de su encía. Los trenes pasaban a lo lejos y deseaba salir corriendo y apoyar la cara sobre uno de los raíles para que ese coloso de metal aplastase el absceso. Solo quería destruirlo, poco importaba que le arrastrase en la caída. Sus hijos le abrazaban entre lágrimas. El viento parecía empujar el ataúd hacia alguna dimensión. Un niño pequeño arrancaba flores y las lanzaba al aire. Los cuerpos de desbarataban, frágiles, como si el suelo se moviese. El desgobierno de la angustia. Y él quería... quería arrancarse... la cara... arrancársela; saber que ya no formaba parte de él; hacer astillas el ataúd y los quebradizos huesos de su chica, masticarlos, destrozarse los dientes con ellos.

Cuando ya casi no se distinguían las sombras acercó su boca a la oreja de

su hija y le susurró:

—Llévame al hospital.

Una ola de vergüenza y rabia le empujó fuera del cementerio y le impidió girarse y observar, aunque fuese por un instante, todo aquello que dejaba atrás. En su mano izquierda languidecía una flor ignorada. La indignidad de un egoísmo ineludible.

Dos horas de tristeza y recuerdos en urgencias y un calmante y un antibiótico intravenoso después, las sábanas se templaban bajo su cuerpo, y el presente, árido y pesado como un bloque de cemento, le aplastaba.

El médico le dijo que la fiebre estaba controlada y que en cuanto el antibiótico acabase con la inflamación podrían sacarle la muela, y que se relajase porque lo peor ya había pasado.

Pensó por un momento que iba a romper a llorar, pero no fue así. Había pasado el momento para esas lágrimas, y ya no volvería. Cuervos y una melena que le había despertado con una caricia tantas mañanas. En el cristal de la ventana brillaban los arañazos de la melancolía.

LOS CAUTIVOS

Con todos los presos del mundo podría formarse un pequeño país. Seguro que esa nación tendría profesores y banqueros y médicos, y tendría cocineros y electricistas; tendría asesinos y violadores, y tendría falsificadores, y estaría plagada de inocentes y culpables, de amigos y enemigos, familias abandonadas y huérfanos.

Seguro que esa nación no sería más injusta ni más pobre que otras.

Y ese pequeño país estaría gobernado también por la ironía, pues sus habitantes construirían sus propias cárceles para salvaguardar su estilo de vida, e irían poblando esas nuevas prisiones con los peores de sus iguales.

Tiempo más tarde, sus reos podrían fundar un país más pequeño. Ese modo de construir el mundo es tan bueno como cualquier otro, reduciendo el porcentaje de maldad casi a cero, hasta que llegamos a San Marino, donde cumplen condena dos presos.

LAPREGUNTA

¿Alguna vez, amigo, acosado por mezquina angustia, ciega, vehemente sobre sí en su talante atractivo y con los largos brazos abiertos, apartando la bazofia para acogerte en su seno hierático con sostén de palo, como mina de carbón de la que han sido arrancados todos los diamantes sin piedad, sin la más mínima piedad, un seno desnudo al más cruel de los modos, al de las madres fallecidas en el parto sin haber visto el rostro de su hijo llorar de vida, y a la espera, al igual que la madre muerta de amor, de estrujar algún alma en su mortal abrazo, sintiéndote atraído por los que esperan en su marsupio a la luz de la sonrisa sumisa del desencanto, los cuales no osan mirarte y se sonríen unos a otros con las manos entrelazadas sobre sus genitales y con la frente turbia, expectantes al no saber por qué, cómo, cuándo, dónde, quién, ni la respuesta a otras muchas cuestiones cuyo inicio es una palabra acentuada, entre ellos, los padres ante los que has mostrado tu vitalidad, los amigos a los que has desnudado tus secretos, seguro de que nunca habían oído otros iguales, los vecinos que han conversado tus violencias, los sacerdotes que te han mentido, o los enemigos convencidos por otros del modo en que debían odiarte, entre cuchicheos inquisidores en los que suponen hallarás tu respuesta, babeando verdades a medias y mentirijillas piadosas que una vez también aborrecieron y que, en cierta ocasión, con los ojos entornados tal si intentasen evitarse en una sala de espejos, justificaron tras un plácido mohín de condescendencia en la esperanza de flotar por siempre alrededor de sus propias órbitas, en tiempos de juegos surrealistas, de tristes placeres como niños a la carrera por jardines de cartón, pues suponían, absurdos, que cada uno es lo que cree ser, quiere ser, siempre ha soñado, entre trizas de otras vidas que giraban en espirales embriagadoras al enlazar signos de

interrogación en un bucle aún misterioso, sin que percibieses sus dudas ahogadas, pues ni ellos mismos captaban el tono melancólico de sus frases dubitativas, y lo sé bien, al igual que tú, en este breve instante durante el cual entiendes el orbe con clarividencia, convertido en abrumado exégeta descubridor de un mensaje terrible, cuyo significado siempre le había sido ocultado, informaciones esenciales para esquematizar cada lágrima en su pupila correspondiente, las de tu padre en los ojos de tu madre, las de tu madre en los tuyos, y las tuyas cruelmente contenidas al no haber afrontado todavía la desgracia de reconocer el propio delito tal como lo reconoces ahora, sin dejar de canturrear humildemente «por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa», con gran esfuerzo para no desentonar entre los cánticos de ese coro impío falsamente humillado ante ti, mientras el llanto surge por fin de tus ojos esquivos porque no te atreves a mirarles, porque el hastío te inunda con cada gesto que hacen, con las manos extendidas ahora para ofrendarte objetos dorados y plateados y nacarados arrancados de las suaves laderas del monte Birkateib y del angosto lecho del río Vaal, escurridizos entre los dedos de límpidas uñas, todavía más sonrientes al saber que te ofrecen exactamente aquello que buscabas hacía largo tiempo, tantas veces nombrado cerca de tus oídos, el enigmático mensaje que todos parecían conocer a tu alrededor, al cruzarse contigo y mirarte de reojo en un gesto de desconfianza, pues tu mirada siempre se dirigía en línea recta al horizonte, como la de los soldados obedientes, como la de tu padre cuando sus ojos se sostenían frente a los tuyos jurando amor verdadero y ocultando tras su velo negro la frustración de no haber evitado caer en los brazos de la dama, y de saber que tu futuro estaría cerca de uno de sus costados con sostén de palo, como un miembro más de su milicia de tortura portadora de siniestras novedades, expresadas entonces en múltiples rasgos, en las atenciones obsequiadas sin haberlas merecido, préstamos asépticos que distraían tu atención y embotaban tus reflejos para exigirte ahora favores con usura, promesas intencionadas que nunca has sabido cómo responder, desconocedor de los intereses generados por tu deuda

infame, un débito que pretenden condonar con un solo tirón de la cuerda cuyo trazo ha guiado tus pasos hacia ellos, hecha sogá al enlazar tu pálido cuello de sacerdote, siendo tu propio padre, en otro tiempo espectador de tu vitalidad con un sentimiento momificado, el que retiene el otro extremo del cabo sujeto a su propio yugo, con gran esfuerzo sobre su espalda para remolcar pesada carga de arrogancia, crueldad, ignorancia, avaricia, traición, o bien, simplemente para evitar que el peso de número de semejantes aberraciones le hunda en el seno abierto y ofendido y gelatinoso, ayudado siempre por esos otros, mientras se deleita con tu presencia, sin observarte ahora como había hecho en tu niñez, si no bañado de deseo y de súplicas, como lobo con piel de cordero, para que le prestes tu ayuda y le evites así caer en una lastimosidad definitiva, entre miríadas de corazones aún más musculosos que el suyo, que el tuyo propio, y ya hundidos en tales arenas movedizas de amenazador espectro entre las cuales se transforman rápidos como disueltos en cal, hasta formar un ácido vómito disimulado con fuertes perfumes cuyo olor enrojece tu nariz y te escuece los ojos, arrancándote del hechizo, con un súbito movimiento de cabeza, hacia el suelo polvoriento donde inclinas tus rodillas perplejo, incrédulo de tus visiones, deseando que al alzar nuevamente la mirada se presente ante ti un imperturbable paisaje de ensueño bañado por vívidos tonos de cuento de hadas, imposible como utopía, pero al mismo tiempo, acicate para avanzar hacia su huidizo horizonte de brillantes destellos reconocibles para ti ahora en los relatos narrados por esos otros con deleite y empalago, imbuidos a lo largo de las pesadas siestas en las tardes de verano, en tus sueños de escenarios petrificados como fotografías de carteles publicitarios, atravesados por manos de distintos sexos entrelazadas en un gesto de hermandad, mirando sus palmas hacia el amanecer de titanio y sus reversos hacia el ocaso de quebradizo óxido, con uñas perfectamente simétricas y amenaza aséptica de nudillos lustrosos para, unidas, restar realismo a ese lugar donde te gustaría estar solo y ser consciente de ello y no dentro del círculo fortificado formado por las manos entrelazadas que, algún

día, te dicen, algún día usarás para cubrir vergonzosamente tus genitales, las manos sin callosidad, como las tuyas, a la sombra de cráteres floridos, donde, tal como te dicta un recuerdo sonoro de catarata, te gustaría yacer hacia el cielo plano con una mano sobre tu pecho débil, anguloso, acariciado por insectos infantiles de agradable zumbido sinuoso, sin miedo ni perspectivas, como un feto, una larva humana, al abrazo de montañas que te roben el horizonte y complazcan tu curiosidad con la lenta y evidente monotonía, como de brizna de hierba, de sus sombras de innombrables figuras, agitado por luces de estrellas pasajeras y caprichosas reflejadas en el vello de tus antebrazos, y huidizas hacia el interior del mar, tu interior, náufrago de ti mismo en un islote sin atractivo para la dama, con peñascos negros como de pizarra, árboles bajos de fruto diminuto, arroyuelos en los que es necesario hundir el rostro para humedecer los labios, y playas rocosas de aguas gélidas, de manera que todos los que te hayan perseguido desistan y huyan de tu paraíso, de tu infierno, de vuelta hacia el seno hierático con sostén de palo, conformes en tu mente y resignados según tu alma, solo porque es lo mejor para ti, porque es el sueño que tu imaginación siempre te ha negado, avergonzada por saberse diferente y no poder evitar lo peculiar en tu gesto y en tu sonrisa y en tus ausencias, síntomas de viajes impronunciados a ese y a otros muchos empíreos íntimos con aromas puros de piélago inabarcable, hacia donde se dirigían tus pasos firmes, tal era tu criterio, sin percatarte de que trazabas la espiral centrípeta de un largo viaje a través del cual, cruel ironía, podías cruzarte cada cierto tiempo con el punto de partida, cada vez más lejano, cada vez más irreal, entre promesa y promesa dulzona, en un tropiezo similar, de síntesis, provocado por pies invisibles a tus ojos altivos que no perdían de vista el horizonte embrujador de bola de cristal, escaparate visionario de las palabras de esos muchos otros, sombras luminosas ahora pavorosas, tu propia sombra, en la cual ya ni tú mismo crees, al no distinguir tu interior de tu exterior, el original de su reflejo sobre las aguas sospechosamente claras y vidriosas, como los ojos que ocultan algo tras de sí, las aguas de metal,

pervertidas por sus bocas y sus lenguas, y quizá también por la tuya al repetir con ácido dulzor sus palabras sin dueño, regaladas a ti para describir con ellas tu fantasía, su realidad, sabiendo esos otros que una piedra, aún tallada con formas sugerentes e increíbles, no deja de ser una piedra, la que te daban y tú aceptabas como hermoso corcel de regalo, para ir más y más ligero, más ligero y con menos tiempo para mirar atrás, atrás, atrás no existía, y fingir no escuchar, excusa perfecta para no desviarte del retorcido camino, con tus cabellos arremolinados por dulces efluvios de perfumes empalagosos mixturados con los de las flores, los de los ambientadores y los del vino que tú nunca habías cosechado, zahiriendo tu paladar mientras pensabas si realmente a alguien podría gustarle el vino, ácido y dulce, cruel, con una sonrisa en los labios enrojecidos por la sangre de la tierra y sonrientes hacia los que lo libaban en tu copa, sin dejarte respirar, inhalar el cielo, un cielo idéntico al de su descripción, su cielo, tu infierno, pintado de colores burdamente falsos, de azul y blanco, gris, cobre, color humedad y color frío sobre tu cabeza, siempre distinto y siempre igual, autocomplaciente a la espera de tus ojos acompañados por los de alguno de esos otros, los de ella, o no, hilando tu imaginación cuentos de estrellas y almas, espíritus, corazones puros, y también otras palabras vacías de significado y llenas de insidia, bailarinas entre tus pupilas y tus párpados cuando cerrabas los ojos malignamente arrugados debido a alguna sonrisa inútil como la felicidad de un deficiente, sin distinguir entre el lucir del alba y el del cálido fulgor de las farolas con su imitación de roja carpa de circo bajo el manto gris de noches inventadas para dormir y soñar que soñabas, y que despertabas dentro de ti mismo, o de ellos, bajo un sueño y otro sueño, como una cebolla que provoca llanto según sus capas caen sobre ti desordenadas, en tus numerosos despertares envuelto en lágrimas sin control, con la mente en blanco, dolorosamente vacía, por un instante inocente y libre, fugaz como el sabor a azúcar, como en este momento de verdad cruel ante breve muro infranqueable erigido con sostén de palo cuyo crujido no cesa, igual que un viejo, aunque sin

llegar a quebrarse estos inertes travesaños sin brotes ni flor ni frutos, aun sin restos de savia dentro de su tronco reseco, y apenas con la huella de las inscripciones de amantes piadosos que ahora unen sus voces a las de los otros y llaman y aclaman tu nombre hasta robarle el significado y despojarte de la idea de ti mismo, lo cual envuelve ese reducido concepto en una interrogante, una similar a la que te envuelve mezclándoos como verdad y mentira, para saber si el instante que se describe ante ti porque nadie podría describirlo porque todos forman parte de él, frente a ti, donde habían estado siempre, como siempre ha estado el cielo frente a la tierra y una mitad de tus dientes se ha topado siempre con la otra mitad, dibujando tu futuro con las palmas de sus manos, y saber si este instante te pregunta sin palabras, para que entiendas el mensaje en su amplitud, si alguna vez ha cruzado tu mente ese pensamiento automático, de pestañeo o respiración, también de latido, que provoca humedad en tus palmas y sequedad en tu paladar, como en víspera de una batalla perdida de antemano, capaz de hacerte sentir único, elegido por una cruel desgracia y fortuna, cuando, en realidad, tan solo eres el siguiente, el anterior, uno más, uno menos, a lo largo de aburrida trama de repetición con el tono divertido de una pregunta retórica que te reclama saber si, en otro tiempo, cuando alguno de esos otros del seno apoyaba su mano en tu hombro y te rodeaba con ella para aniquilarte en intimidad, y susurraba a tu oído ocurrencias, planes, tarifas, y aun dulzuras, que acabarían, ahora te resignas a ello, por resultar demasiado caros, en exceso pegajosas esas caricias y alientos sobre tu nuca, sobre tu cuello y el de tu camisa, entre las solapas de tu traje y los escondrijos de tu corbata, produciéndote simpática repulsión la suavidad sintética de sus sábanas y el empalago de sus refrescantes zumos y apasionados licores que te impedían gozar el sabor de tu propia lengua, e incluso te alentaba con candor a seguir y seguir, sin detenerte, hacia tu destino cegador de cerebros, sospechaste, agitado levemente por un escalofrío breve e intenso de relámpago, que llegarías a pensar ahora, con la más veraz de las desconfianzas producida por el desvanecimiento del sistema solar a tu

alrededor, de tu biblia, y por la transformación de tu memoria en recuerdos planos de fotografía o de imagen de vídeo sobre múltiples episodios de tu vida y vergüenza, como un ejemplo demasiado tardío, destinado únicamente a la dama del seno con palo, para aumentar su beneficio, placer, poder, distancia, que la suerte, bien clara ahora frente a ti, ya casi a tu alrededor, cubriendo con su sombra de murciélago, de costillar abierto, la tuya, eclipsando tu proyección sobre el suelo con la formada por todos esos, al amor de lumbres de gran refulgencia para tu horizonte y poco candor para tu pellejo apenas encrespado, que la suerte previsible como el discurrir de un río, firmada en falso por tu mano extraña de marioneta, está echada, penosamente, sin tu permiso y con tu indolencia, para no enmendarse nunca ni mostrar su envés, y llevarte por un camino bien estrecho, cuyo final está más cerca que su principio, y por fin en línea recta, engañosamente próximo y vanamente atractivo, a lo largo de una cinta transportadora sobre un abismo al cual ya no te atreverías a saltar sin paracaídas de seda, mas con la plácida certeza de que la comunión con los otros es segura, formando en ese círculo nunca cerrado de cadena humana de manos casi resbaladizas por suavidad de grasa y afeites sobre sudores, murmurando cada uno un ligero canturreo distinto al tarareado por el que ocupará tu diestra o tu siniestra, aunque todos esos tonos acaban por formar un perfecto canto de hermandad familiar a tus oídos y labios que siempre lo silbaban, y a tu talón, taconeándolo inconsciente, incesante, ahora más fuerte su ritmo, en tono de himno invencible, de transporte sumiso de honores, orgullos y pesares, filantropías, además de otras superficies lustrosas como las finas capas de hielo que cubren ríos y lagos cenagosos, y atenazan de temor a todos los que se deslizan sobre su delgadez, imaginando un suelo seguro, fiable y sincero, tal suponen que detrás del espejo, más allá de su fondo argentino, no puede haber daño ni sombra ocultos, que esa suerte con apariencia estática como las nubes en el cielo está bien asentada sobre cimientos arenosos que no acaban de engullir un edificio en perpetua construcción, con sostén de palo, palo, palo, planta sobre

planta porque siempre recibe nuevos inquilinos de lujo, como tú, con la frente bien alta y los brazos caídos, un edificio ascensor de una sola dirección, acogedor por calor de seno pegajoso, en el cual serás feliz, te dicen esos otros, porque te lo has ganado, sin lugar a dudas, ninguna duda, es más, con conocimientos exactos e inequívocos, para tortura de tus oídos, del modo en que has sido llevado hasta este punto, de las simples maquinaciones que te han zarandeado como un viento al espantapájaros, y de los ánimos que eran en realidad empujones hacia un precipicio sobre el cual puedes caminar, hasta llegar al seno ya ante toda la amplitud de tu visión, mientras relajas la comisura de tus labios, al reconocer que el pasado y sus posibilidades no tendrán importancia al no recordar el uno y dejar las otras fuera del seno bajo forma de evocación de dulce sueño de vacaciones, de película, cuyos secretos son completamente desvelados a los ojos de los mirones más necios que, como tú, se habían creído todas las promesas de unidad, paz, libertad, fraternidad y futuro, promesas que ya no parecen murmullos de fantasía, pues ya no encuentras deseable el mismo motivo para el llanto unidos, para risas al unísono, para el vuelo en bandada siempre hacia el mismo destino, en una unidad demasiado grande, de nave nodriza que te ofrece posibilidades pero no te deja opción, decidiendo así tu suerte, siempre con envidia, con la absurda impaciencia de lo inevitable, sin saber si ella te pisaba los talones a ti, o tú, con pasos enorme de polichinela, a ella?

LOS CONFORMISTAS

—La muerte se ha olvidado de nosotros —dijo Paulo en un susurro de derrota mientras mantenía el equilibrio sobre uno de los raíles.

—Y mira que te lo dije —exclamó Germán—. ¡Solo te ha llevado dos horas darte cuenta!

—Matarse tirándonos al tren no es mala idea.

—Como otra cualquiera —concedió Germán—, pero ¡a quién se le ocurre citarse con la muerte en la línea Mérida-Puertollano! A no ser que se quiera morir de aburrimiento.

—¿Y si saltamos desde el viaducto?

—Habría que andar 15 kilómetros —refunfuñó Germán echándose las manos a la cabeza—. Quiero suicidarme, no adelgazar.

—Pues no sé —dudó Paulo—. Volvemos al pueblo, nos tomamos una cerveza, y mañana miramos.

—Vale, pues vamos —consintió Germán encogiéndose de hombros—. ¿Qué altura tendrá la torre de la fábrica?

SE BUSCA

—¿Diga? (...) ¿Diga? (...) Sí, es aquí (...) Sí, yo soy la persona interesada. ¿Sabe algo? ¿Lo ha visto? ¿Cómo lo sabe? (...) ¿La estatura coincide? (...) ¿Por qué está tan segura? (...) Muy sagaz (...) Digo que es usted muy hábil. ¿Puede describirlo? (...) Sí, señora, ya me imagino que se parecería al de la fotografía, pero para evitar que me describa a la persona que vio en la fotografía es mejor que me describa a la persona que vio usted (...) Sí, como su nevera (...) Ya (...) Ya (...) ¿Cómo era su pelo? (...) ¡Ajá! (...) Sí, durante este tiempo podría haberle crecido. ¿Qué más? (...) ¡Ajá! (...) ¿En noviembre? ¿Está segura? (...) Sí. (...) Sí. (...) ¡Ajá! (...) Sí. (...) ¿Algo más que le gustaría destacar? (...) No se preocupe, no tiene importancia. Dígame, ¿dónde lo ha visto? (...) ¡Ajá! (...) Sí, es posible, es posible. Estoy abierto a todas las posibilidades. ¿Iba solo? (...) ¿A qué se refiere? (...) Pero usted no lo vio reunirse con nadie. ¿Qué impresión le produjo? ¿Sintió algo al verlo? (...) Entonces no podía ser él. (...) Eso me parece poco probable. (...) Pues es poco probable, ¿o acaso usted no mostraría alguna emoción si estuviese perdida, desorientada, lejos...? (...) ¿Por qué le busco? (...) Acabo de decírselo, está perdido, ¡se ha perdido! (...) Ya lo sé, pero es como un niño, un niño perdido. No hay nada más que explicar. Es algo difícil de entender. ¿Puede ayudarme en algo más? (...) ¿Y no intentó seguirle? (...) ¿Cómo dice? ¿Tenía compras que hacer? (...) Sí, claro, no es culpa suya... No, no me diga eso. Si intentase ayudarme de verdad, no habría seguido su camino, le habría seguido a él, le habría agarrado del brazo y le habría preguntado su nombre y le habría conocido. Si de verdad quisiera ayudar, me habría ayudado. ¿Lo entiende? No necesito que me llamen para decirme que lo han visto, necesito encontrarlo. Es todo lo que tengo, señora, lo es todo. Creo que a usted eso no

le importa; si le importase, le habría detenido y le habría preguntado. ¿O es que solo quiere saberlo para bla, bla, bla? ¡No me joda usted! (...) Grite lo que quiera, grite lo que quiera. ¿Lo ha perdido usted todo? ¿Cree que me conoce? ¡No me joda! (...) De acuerdo, no cuelgue, no cuelgue, por favor... por favor. (...) Dígame solo una cosa más. Por favor, dígame, ¿está segura de que le pareció feliz? (...) ¿Oiga? (...)¿Oiga? (...)

Sal del centro, nunca pegues a tus hermanos, respeta a la madre, lo sabes, es cierto, camino mirándome los pies, ahí está el problema, maldito sueño que no se deja derrotar...

¿Dónde estás? Me echo las manos a la cabeza. Se me cae el pelo. Todo el suelo está lleno de cabellos. ¿Por qué te escondes? Huyes de mí, eso creo, y ni siquiera tú sabes el porqué. Tu destino es incierto, y con el tuyo también el mío, eso creo. Tengo miedo. No puedo salir del piso, no me atrevo a salir en tu busca. No podría soportar mi propio fracaso. Ahí fuera. Seguir tu rastro. No sé cuánta ventaja me llevas. ¿Es que quieres huir? ¿De mí? Esta estancia es una locura, un hospital psiquiátrico que no recibe visitas, solo las llamadas. Y me imagino tus espacios, vagando, deslizándote por el mundo como un patinador aprendiz. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? ¡Maldita sea! ¡No lo recuerdo, no puedo recordarlo! ¡Los periódicos! ¿Dónde están? ¿Dónde están? Aquí. 1997, 1996, 1995, 1994... No lo encuentro, no lo encuentro. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Y todavía tengo ilusión por encontrarte? Ojalá no te hubieras ido. ¡Cuántas cosas pude haber hecho para no perderte! Hace tiempo las anoté, hice una lista con todo lo que pude haber hecho para no perderte y que no hice. ¿Dónde está esa lista? Quizá si nada más notar tu ausencia hubiese salido a las calles gritando tu nombre, llamándote, sacudiendo a la gente, entonces podría haberte seguido de cerca. Ahora espero. Y cada día, lo primero que hago al abrir los ojos es preguntarme dónde estarás. Esa pregunta asalta mi mente y se me atraganta sin descanso, hasta que me duermo. Me pregunto si habrás encontrado lo que te obligó a abandonarme. Yo sé que no. Ya lo sabía antes de

que te hubieses ido. No hay respuestas, porque si las hubiese alguien las habría encontrado ya.

Con las persianas cerradas, sin saber si es de día o de noche, viendo la televisión para intentar encontrarte entre los que pasean por sus calles. Sé que debí escucharte, pero no podía, creo que sigo sin poder hacerlo. Te imagino. Estarás sentado en un banco de una acera infestada de desconocidos. Mirarás a la gente, intentado descifrarlos en unos pocos pasos. ¡Maldito ruido! No cede. Ya casi no lo distingo en mi cerebro, pero está ahí. Tac, tac, tac, tac, tac. Como un motor de dos tiempos. Nado entre aguas, me hundo en el océano de la nada, y todos los puertos son hostiles. Quizá si te hubiese escuchado, sin prisa, si me hubiese sentado en una orilla mirando tu reflejo en el agua ahora podrías estar todavía a mi lado, acompañando mi soledad, y estaríamos solos en el mundo, pero unidos...

Ya he empezado a beber, como tú querías. Me emborracho con cerveza todos los días. No voy a trabajar, no salgo del piso. ¿Y si alguien llama? No sé qué otra cosa hacer. Si tú estuvieses aquí me dirías qué hacer, pero yo solo no sé. No sé. Esto parece una broma. Soy una máquina, antes me comportaba como una, pero ahora, sin ti, lo soy.

—¿Diga? (...) Sí, sube. Pareces nuevo. (...) Bien, entonces te lo explicaré. Yo dejaré el dinero delante de la puerta mientras subes, y tú cogerás el dinero y dejarás la comida en su lugar. (...) No, ya sé cuánto es. (...) Sí, soy yo. ¿Por qué lo preguntas? (...) Entonces, ¿para qué preguntas? ¿Lo has visto? (...) Entonces, ¿para qué preguntas? (...) Eso me da igual, ¿no te has dado cuenta? (...) ¿Qué te hace pensar que me apetece hablar contigo? (...)

... el fondo del mar cállate calla qué quieres de mí no te entiendo luces colores sol el precio de la gasolina pájaros que mueren en vuelo intentas estrangular a una sombra no me agobies no tú eres lo que me agobia sabes lo que es una obligación pues a mí me gusta todo eso caminar es poner un pie delante del otro tú no sabes lo que dices si lo supieras lo dirías no te entiendo

no se pueden comer serpientes vivas no te explicas con claridad carbón dulce sí eres malo conmigo te lo mereces o acaso no hazte el vencido lágrimas de cocodrilo la piel de gallina pues las gallinas no pueden morir en vuelo desde el balcón, el fondo del espacio, no me arrastrarás contigo culpa higos condena no digas que no te quiero del amor al odio hay un paso necesito paz no quiero beber frutas tropicales yo tengo obligaciones te cruzas de brazos te rindes qué yo soy el cobarde salta la valla salta la valla sudor lágrimas la carrera acaba cuando los otros caen sin aliento aporrea esa máquina tu sonido favorito maldito ruido ruido del demonio tac tac tac nadar mientras llueve el aire no se come sí otros matan al cerdo por mí nubes de tormenta silencio sepulcral silencio, el fondo de mis ojos, leche cortada mahonesa que no cuaja todo problema lleva implícita una solución pareces un pajarito no puedo enseñarte a volar preguntas retóricas porque los hombres no vuelan lágrimas de cocodrilo afrontar la verdad tu voz es débil como un escape de gas dudas infantiles algo no funciona situaciones extremas solo las películas tienen final bombillas de colores soluciones dramáticas no puedo llenarme la boca con tus palabras el vacío en blanco no me gusta leer coser un botón solo se siente tu ausencia girar dos peonzas a la vez no te conozco espuma de cerveza no te oigo habla más alto no con la máquina no maldito ruido no lo niegues cobarde eres un vampiro que ha huido del espejo necesitarte eres como los platillos de una orquesta, el fondo de mi alma,...

—¿Diga? (...) ¡¿Diga?! (...) Hable, ¿quién es? (...) Sí, soy yo. ¿Lo ha encontrado? ¿Dónde? (...) ¿Quién es? (...) ¿Madre? ¿Qué quieres? ¿Por qué me llamas? Ahora no puedo atenderte, estoy esperando. (...) Ya te he dicho que... (...) ¿Por qué me preguntas qué estoy haciendo? (...) No puedo hablar ahora. (...) ¿Que no te cuelgue? ¡Joder, madre! Si quisiese hablar contigo te habría llamado, ¿no te parece? (...) ¿Me preguntas qué estoy haciendo? (...) ¿Qué pasa con el anuncio? (...) ¿Y qué? (...) No sé qué es lo que no entiendes, pero me parece algo que, de cualquier modo, no puedo explicarte. (...) Sí,

claro que sí. Pues... (...) pues para preocuparte tanto sí que has tardado en ver el anuncio, porque hace un montón de tiempo que publiqué ese anuncio en el periódico, y antes aparecía también en la radio, y al principio incluso apareció alguna vez en la televisión. Eso no es asunto mío. ¿Qué te parece? La foto de tu hijo en la televisión. Todos tus sueños. (...) ¡Dios santo, madre! No tengo tiempo para descifrar tu histeria. (...) Pues yo no he recibido tus llamadas. (...) No sé dónde le ves tú la gracia. Buscar a alguien desaparecido no es una circunstancia para bromear. ¿Te acosan las vecinas? ¿Te acosan las dudas? Ojalá me persiguiesen a mí, pero ya no, ya hace tiempo que no. (...) Explicaciones, explicaciones inútiles. Seguro que tú ya te lo has explicado. No tengo tiempo. ¿Cómo lo has hecho? (...) ¡No! ¡No! ¿Pero en qué mundo vives? (...) ¡Necesito encontrar...! (...) ¡Maldita sea! ¡No! ¡No! (...) ¡No! (...) ¿Qué trabajo? Soy lo que soy. ¿Dónde estoy? Tú podrías ayudarme. (...) Piensa, piensa. ¿Me lo diste todo? ¿Me mirabas a los ojos mientras me amamantabas? (...) ¡El biberón! (...) ¡Qué más da! No importa. (...) Me da igual. Eso no es culpa mía. Yo ya tengo lo... (...) No es así, algo no encaja. (...) Madre, esto es hablar con una pared. Tu voz me hace daño, rebota en mi cráneo sin cerebro. (...) No, estoy mareado. Últimamente me mareo con frecuencia. (...) Eso es lo de menos. Todo pasa, todo pasa. (...)

¿Y dónde está la respuesta? Lo he intentado todo. He soñado, he bebido, he aporreado esa maldita máquina, tac, tac, tac, tac, he visto luces, he bailado, he rezado y maldecido, me he bañado, he vomitado. Pero nada funciona. No podía evitar romper a reír sin más al ver la televisión, por eso me he deshecho de ella. En mitad de las noticias de la mañana, no sé por qué, la cogí en brazos, la llevé al cuarto de baño y la tiré en la bañera, ¡y que se pudra con el agua y la sangre! Cuando lo vuelva a intentar, saltaré por la ventana sin más. Ahora... No. ¿Dónde está el error? Lo sé, lo sé. Es tan simple que resulta vulgar. Veía a los demás perfectamente y no me di cuenta.

¡Socorro! ¡Socorro! ¿Es que nadie me oye? ¡Ayúdenme! ¡Sáquenme de aquí!
¡No! ¡No!

Malditas paredes blancas. Las persianas siguen bajadas. Todo debería estar oscuro. ¿Por qué no suena el teléfono? ¡Háblame! ¡Suena, cabrón! ¡Háblame!

¿Diga? ¿Diga? ¿Quién es? Responda. Oigo su respiración. ¡Responda! Algo no encaja. Ya debería haber aparecido. Sé que está en alguna parte. Algo no encaja.

—¿Dónde fue visto por última vez?

—¿Cree que se ha ido contra su voluntad?

—¿Grave peligro?

—Me temo que no le entendemos.

—No nos consta. Debería ser un poco más preciso.

—Se lo repito. No nos consta.

—Algo no encaja.

—¿Podría usted describirlo para que nuestro dibujante haga su retrato robot?

—No, no podemos ayudarle.

—¿Se está burlando de nosotros?

—¿Por qué? ¿Se está burlando o es que está loco?

—Necesita usted ayuda.

—En nuestra opinión hay dos posibilidades.

—No. Cuando quiera nuestra ayuda, le ayudaremos.

¿Por qué no dejo de soñar con circunferencias? Circunferencias concéntricas, una dentro de otra, dentro de otra, y de otra, y otra, otra... y yo caigo hacia su centro y, justo cuando creo que voy a chocar con el pequeño punto, este se abre rápidamente formando una nueva circunferencia y no puedo girarme para ver las que he dejado atrás. No grito. Aprieto los dientes y abro y cierro los ojos continuamente en un rictus de esfuerzo, y agito los brazos y las piernas como un mal nadador, y paso tanto miedo mientras caigo hacia el centro que me orino en la cama, como siempre, con el sonido del tren. Y esta oscuridad. A veces no sé si estoy realmente dormido. Día. Noche. Día. Noche.

—¿Oiga? ¿Es la policía? (...) He oído una explosión, un sonido muy fuerte, como una explosión. ¡Bmmm! Me ha parecido un sonido lejano, pero muy potente. (...) ¿Cómo dice? (...) Sí, soy yo. ¿Cómo lo sabe? (...) Es cierto, lo he oído. (...) No, no. Los cerebros no se imaginan esas cosas. Tiene que hacerme caso, o no, no importa, ya recibirán. (...) Lo sé, mi llamada. (...) ¿Cómo lo sabe? (...) Sí, así es. ¿Y usted qué haría en mi lugar? (...) ¿Por quién me toma? (...) Eso sería inútil. (...) Aunque consiguiese convencerme (...), eso no querría decir que no hubiese ningún problema. (...) Se equivoca usted. (...) No. (...) No, por favor. (...) No mande a nadie. (...) Se equivoca. (...) ¡No! ¡No! (...) De acuerdo. Oiga, olvide que he llamado. De todos modos, en realidad no me importa si ha habido una explosión o si ha caído una bomba atómica. (...) No, en absoluto ¿O acaso a usted sí? (...)

¿Cuándo se fue mi padre? Tenía dieciséis años y, sin embargo, apenas conservo recuerdos suyos: su altura, su forma de cerrar la puerta y el olor de sus puros. Nada más. ¿Tendrá él algún recuerdo de mí? Eso sí tendría gracia. ¿Le conozco? ¿Cuántas noticias he visto sobre él en los periódicos! ¿Le conozco? Yo también conseguí salir en el periódico. ¿Qué recuerdo de él? Solo la moto que me regaló cuando se fue, pero yo no sabía montar en moto, ni en bicicleta. ¡Qué extraño! Otros niños, en las calles cerca del río, sí sabían. Perseguían el autobús del colegio cuando les hacíamos cortes de manga, pedaleaban con rabia, sin camisa, pero nunca nos atrapaban, se hacían ínfimos y desaparecían más allá del cruce. ¿Cómo aprendieron ellos? ¡Piensa! ¡Piensa! Recuerdo... el olor de sus puros. ¡No! Su tamaño enorme, su brillo, y que exhalaba una enorme columna de humo detrás de la que casi no se le veía. ¡Qué más! Él decía: «Un buen puro nunca se humedece en los labios ni produce un olor desagradable. No lo olvides. Y nunca fumes cigarrillos». ¡Qué más! Nunca he aprendido a montar en moto. La sacaba apagada del garaje por la mañana y la dejaba aparcada al doblar la esquina hasta el mediodía. ¡Qué

más! Ordenó construir una pequeña casa de juegos para mí en el jardín cuando tenía... De madera, y una de las criadas venía a jugar conmigo, la que yo quisiese. «Vete a la cocina. Decide cuál prefieres y di a una de ellas que venga aquí para pedirle que me traiga un puro» ¡Qué más! Mi padre se gastaba el cinco y medio por ciento de sus ingresos anuales en mí, en una relación de catorce conceptos inventariables.

¡Esta luz! ¿Por dónde entra? En la oscuridad es más probable encontrar cualquier cosa. Hace tiempo que no suena el teléfono. ¿Estará bien colgado? Tengo que tapar las ventanas con los armarios y, después... ¿Cuánto hace que no como? ¿Cuánto tiempo hace que no tengo hambre?

¡Malditos recuerdos! Sus ataques me hacen vomitar el agua, el pan, el chocolate, la carne de los animales muertos. Están lleno de recuerdos. Me he engañado a mí mismo, aunque en el fondo sé que el mundo sigue existiendo a pesar de que no lo veas, que es una rueda que no cesa su girar, ni desacelera, como esos niños del río que bajaban una pendiente en la bicicleta sin poner los pies en los pedales. Y ahora tengo que escupirlo todo, todo lo que este mundo me exige, recordándome su existencia. Ese haz de luz me lo recuerda, pero ya no tengo con qué taparlo...

—¿Diga? (...) ¿Pedro? (...) No, no lo conozco. (...) ¿Tiene información para mí? (...) Eso es imposible. No puede ser. (...) ¿Amigos? ¿De juerga? ¿De trabajo? ¿De la infancia? ¿De las tres cosas? (...) No me importa en qué año estamos. (...) Yo ya no... (...) ¡No! ¡No lo recuerdo! ¡Cada uno recuerda lo que quiere! (...) ¿No tienes información para mí? Dices que eras mi amigo. ¿Cuánto tiempo hace que no me ves? (...) Bueno, ¿cuánto crees tú? (...) No. (...) No. (...) Me da igual. (...) No. ¿Sabes lo que me ha pasado? (...) No, no. (...) ¿Mi amigo? ¿Cuántos años tengo? ¿Qué te he contado de mi padre? (...) No sé de qué me hablas. Es inútil, habláis y no os entiendo. (...) Haz lo que quieras. ¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo? (...) No recuerdo nada de eso. Uno de

los dos no sabe lo que dice. (...)

¡Apartaos! ¡Fuera de mí! ¡Fuera de mí! ¡Locos! ¡Sois unos lunáticos! Os habéis caído sobre un planeta en llamas. ¿No habéis visto nunca el calor que despide el asfalto hacia el horizonte? ¡Mi ciudad! ¡Tu ciudad! ¿Qué más da? ¡No me toquéis! ¡Sí! ¡Luchemos como gigantes que destruyen todo lo que les rodea en su pelea! ¡A mordiscos! Eso sería cierto. El dolor es cierto. Existe para todos, en el interior de todos...

—¿Diga? (...) ¿Hay alguien ahí? (...) Ese hombre. ¿Dónde? (...) ¿Y qué hizo? (...) ¿Cree que lo hará? (...) Voy a tutearte. (...) Me da igual si te importa. (...) Hoy he vomitado sangre tres veces y se me ha caído una uña mientras me rascaba la cabeza porque la tengo llena de granos que deben supurar porque estaban muy húmedos. (...) ¿Crees que lo hará? (...) Ya no lo sé. Estoy seguro de que ha sucedido algo terrible, con consecuencias que se muestran ahora, en la oscuridad. ¿Dónde lo has visto? (...) Eso está muy lejos. (...) No lo sé. ¿Tú qué crees? Algunos dicen eso, pero no. ¡Cómo voy a ser yo! (...) En la vida, la vida es un error. (...) Sí, y todo tiene su límite. (...) No, no busco respuestas. ¿Tú buscas preguntas? (...) Pero la desesperación me roza, duerme conmigo y me empuja contra las paredes. (...) No sé qué es la locura, habláis de ella, pero se siente o no. (...) No puedo seguir hablando contigo, me sudan las manos y me resbala el teléfono. (...) Ya no tengo esperanzas. (...) ¿En los libros? Ya los he leído, pero no sirve. Los libros los habéis escrito vosotros, hablan del hombre. (...) No, claro que no. No me gusta hablar con los hombres. (...) Acabo de decir que he perdido la esperanza. Ya no lo lograré. (...) ¿Qué haré? Nada, ya estoy muerto. Nadie puede vivir sin cabeza, sin corazón, sin uno mismo. Voy a colgar. (...) ¿Por qué te interesas tanto por mí? (...) ¿Curiosidad? ¿El anuncio te ha llamado la atención? (...) Voy a colgar. No me llames nunca. (...)

En el cielo había nubes que dibujaba siendo niño. Todos los niños de mi clase dibujaban nubes del cielo, y el sol, y el árbol enorme. Se lo enseñábamos a la maestra, y yo, una vez, obtuve un diez. En casa, la criada me felicitó, pero yo, por un momento, me sentí triste y fui a mi cuarto y lloré asomando la cabeza por la ventana porque pensaba que así, al caer mis lágrimas al jardín, estas se evaporarían y formarían parte de alguna de esas nubes, de las que están tan altas que no podemos dibujarlas, y lloverían mis lágrimas en alguna otra parte, tal como nos había explicado la maestra. Unos meses después, volé en avión por primera vez, y atravesando las nubes me di cuenta de que solo eran un vapor anónimo, anodino...

¡Qué paz! Algo se ha esfumado. Ya no me retuerzo en el suelo entre sudores y aullidos, únicamente me escuecen las llagas irritadas con esa luz que sigue ahí, atravesando la ventana. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Quizá solo un instante. Quizá si acerco mi ojo al haz de luz y miro a través de él todo habrá desaparecido, y tras la ventana nada más que un fulgor, o quizá nada haya cambiado y la luz que forma el haz siga siendo la que reflejan las ventanas de los edificios de enfrente. Quizá el haz no exista y la habitación y mi forma de mirarla tampoco sean ciertas. Quizá no sea más que la idea de otro, el sueño de otro, el desengaño de otro, o la desesperación de una ciudad aburrída de su propia leyenda y arrepentida de haber cercado su origen tras un redil de asfalto. Quizá esté vivo sobre el suelo, pero eso es algo que solo podré saber si me comen las cucarachas...

—¿Diga?

—Hola.

—¿Quién es?

—Soy yo.

—¡Soy yo! (...)

Me perdí en un anochecer lluvioso, probablemente de otoño. Muy lluvioso.

En la autopista. Volvía a casa, eso creo. Conducía. Sí. Había mucho tráfico, por eso hacen autopistas. Las farolas empezaron a apagarse a kilómetros de distancia, una tras otra, y así penetré en la oscuridad, con la ciudad brillando a mi izquierda y, a lo lejos, a mi derecha. Sí. Rodeado de ciudad. Entonces las luces del coche se apagaron, y también las de los demás coches. Nunca había visto nada igual. Solo oía ruidos y giraba como flotando, rebotando. Solo recuerdo que vino a mi mente un anuncio de seguros de coches y otro de una pasta de dientes. Creo que sonreí. Ni siquiera recuerdo si tenía los ojos abiertos o cerrados. Ni siquiera la casa, en todos estos meses, creo que años, con las persianas completamente cerradas, ha alcanzado esa oscuridad. Mi coche acabó boca abajo y seguía oyendo ruidos, ruidos muy precisos, que parecían hablar. Un crujido, un grito, una sirena, un llanto, un chirrido, un grito, una palmada, un crujido, una canción, un llanto, un lamento, un golpe, un chirrido, un cristal. No había dolor. De repente, alguien tiraba de mi brazo para sacarme del coche, pero yo lloraba amargamente y no quería salir. Sentía una especie de pudor. De repente, no había nadie cerca del coche, y yo estaba en cuclillas sobre la carretera. Se había levantado niebla y las luces de las farolas volvían a brillar, y las de los coches, en todas direcciones, como focos de un teatro gigante. Ninguna me enfocaba. Nadie a mi alrededor. Pensé en el triángulo de las Bermudas. De pie, cabizbajo. Fue el modo en que salí de allí. Nadie me detuvo, nada estaba en mi camino. Me alejé por la autopista. Al fondo, el sonido de un helicóptero. Caminé y caminé, quizá no tanto, pero la autopista era para mí. Mi pista de aterrizaje. Era como el glóbulo rojo rezagado de un cadáver. Amaneció. Las flores de los arcenes se congelaron. Salí al monte. Comí caracoles crudos y hojas. Miré al cielo. No tuve frío, igual que un niño salvaje. Parpadeaba y el sol desaparecía. ¿Acaso alguien jugaba conmigo? Vomité. Bebí agua de los charcos. Parpadeaba y mis manos se encogían y las colinas se volvieron de ladrillo.

MALAS COMPAÑÍAS

Se miraron a los ojos a través del vapor de la sopa que se enfriaba en los platos de la cena, y los dos sonrieron simultáneamente. Ella se llevó la cuchara a la boca, le sopló para enfriarla y se la tomó.

—Tiene... —dijo ella.

—Poca sal. Pero a ti...

—Me gusta así —dijo ella.

Tomó la sopa, cucharada a cucharada, con el zumbido del televisor que llegaba desde el salón. Cada vez que ella elevaba la vista del plato veía los ojos de él mirándola, y cuando los bajaba, él también lo hacía.

—Me he encontrado a tu prima —dijo ella—, ¿y sabes qué me...?

—Que te veía muy animada.

Ella dejó la cuchara sobre el plato ya vacío, se levantó bruscamente y se dirigió hacia el pasillo.

—Sabes que me jode que siempre acabes...

Se calló y hubo un silencio profundo, elástico, ingravido, que se elevó hacia el techo envolviendo toda la estancia como una tela de araña.

—Me voy a la cama —sentenció con una rápida frase.

Había olvidado cerrar la persiana y el sol la había despertado muy temprano, aplastándola sobre las sábanas, inmóvil, con los ojos abiertos, como un objeto perdido, hasta que el calor la obligó a levantarse, sin saber qué hora era. Otra vez.

Entró en el comedor, tambaleante. Se sentó en la silla en la que él se había sentado la noche anterior. Apoyó las manos en la mesa y la barbilla sobre ellas. Deslizó su mirada a lo largo de la mesa cruzada por cordilleras de

arañazos hasta su plato vacío y después la atrajo hasta el punto exacto donde sus labios casi rozaban el borde frío del plato de sopa de él, con la cuchara hundida en los fideos que flotaban en el líquido grasiento como gusanos muertos. Una náusea la obligó a incorporarse y agarrarse el vientre con las uñas, y apenas acertó a titubear:

—Ni siquiera has probado...

NEVABA

Carlos acababa de llegar de la universidad. Aún tenía los libros bajo el brazo cuando vio a su madre tendida en la cama. Los libros se le cayeron como pétalos de piedra y se sentó a su lado. No imaginaba que fuese a ocurrir tan pronto. La angustia contuvo su llanto. Le acarició el pelo y la cara. El pelo estaba frío. Su piel estaba fría. Miró hacia afuera. Nevaba. Sentía la nieve licuándose sobre su cabeza y deslizándose por sus mejillas como unas lágrimas de alguien de otra persona. Vio un papel entre las manos de su madre y lo cogió. Tenía escrito: «Papá, mamá y Carlos. 1986». Le dio la vuelta y vio la fotografía. Él tenía tres años. Todos sonreían. Oyó la puerta abriéndose y salió. «¿Dónde está mamá?». «En la habitación». Escuchó un gemido. Se guardó la fotografía en el bolsillo. Entonces una lágrima incandescente abrasó su rostro. Estaba seguro de que jamás había visto al hombre de la fotografía.

UN BILLETE, POR FAVOR

—Un billete, por favor.

Cerró los ojos, se los frotó con fuerza y se perdió en un mundo mágico de fosfenos brillantes, repleto de formas, de desvaríos multicolor, que si luciérnagas, que si hipopótamos albinos enanos, soldaditos de plata, macetas floridas, guisantes de colores rebullendo en una cacerola de lapislázuli, todos actuando para ella en el infinito universo negro de su propio vacío, incluso el diminuto gnomo que la miraba fijamente mientras se pasaba la mano por su barba sedosa, hasta que las lágrimas le centellearon como estrellas rotas en los pómulos porque cada vez se tiraba con más fuerza, y los pelos ya se le escurrían entre los dedos y se convertían en pequeños gusanos que reptaban hacia sus ojos, fijos en la cara agónica y suplicante del gnomo, y sentía que se le enredaban en las pestañas, que se pegaban para que ya no pudiese abrirlos nunca más, porque el gnomo le susurraba que se quedase con ellos.

—Le estoy preguntado que a dónde —insistió el taquillero mientras los dedos repiqueteaban en el mármol del mostrador.

La pregunta le hizo dar por perdida una sonrisa de la que no habría sido consciente si al deshacerse de los gusanos y volver a la realidad no la hubiese visto reflejada en el cristal de la ventanilla.

Los ojos le palpitaban con latidos cortos e intensos como los que había sentido esa mañana al despertarse con la angustia de que alguien tenía su corazón sobre una tabla de carnicero, blandiendo un cuchillo a la espera de la orden para hacer unos buenos filetes.

—Me da igual —respondió.

—Señorita, tiene que decirme un destino —dijo el vendedor.

—Cualquier destino. El que usted prefiera.

—Señorita, es usted quien viaja, no yo —refunfuñó, y prosiguió flemático—. Es imposible vender un billete a ninguna parte. Debe decirme un destino y si será ida y vuelta o solo ida.

—Será solo ida —dijo ella, y las manos se le frotaban sin saber el porqué.

—Muy bien. ¿Y el destino?

—Por favor, elíjalo usted, que sea lejano, pero el que usted decida.

—Señorita, el ordenador exige introducir un destino para poder emitir un billete.

—Usted puede hacerlo por mí.

—No estoy autorizado para hacer algo así. Si es tan amable —hizo un gesto con la mano—. Permita que atienda a la gente que está detrás de usted mientras decide un destino.

—Pero yo no...

No tuvo más remedio que hacerse a un lado. A su espalda había varias personas a la espera. Una pareja de ancianos con ropa muy cara; detrás, un hombre muy pálido, y detrás de ellos, una mujer de su edad con un niño que se balanceaba aburrido. Apartó rápidamente la mirada, se alejó un poco y se sentó en un banco cercano. La estación estaba todavía en calma, apenas había trenes y unos pocos viajeros, seguramente de esos precavidos o de esos que no tienen de quién despedirse. Paseaban con un café en la mano, leían revistas en los bancos o hablaban en voz muy baja. Echó en falta telarañas, arbustos y animales retozando. La desazón apoyó la mano en su nuca y descubrió a sus pies un guante de lana muy ajado, deshilachado en los dedos, con los colores desvanecidos y una textura recia. Lo cogió y decidió distraerse con él, entrelazando sus dedos con los dedos vacíos del guante como si juguetease con la mano de un niño dormido. Alguien se lo habría olvidado allí hacía algún tiempo porque su tren se iba, o porque acababa de llegar el tren de alguien, o quizá era el guante impar que un manco había descubierto en el bolsillo de un abrigo que no se ponía desde hacía años. Lo dejó a sus pies e intentó tranquilizarse pensando que podría encontrar una solución.

—Oiga. —La mujer con el niño que había visto en la cola le tocó en el brazo—. Si quiere, yo puedo venderle mi billete.

—¿Puede?

—Sí, yo no necesito saber nada, y creo que este billete le servirá.

—Mamá, ¿entonces ya no te vas a...? —la madre chistó a su hijo y le dijo que ya hablarían-. ¡Qué bien! ¡Qué bien! —exclamó el niño con unos saltitos a los que la madre respondió con una mirada muy triste.

—¿Puede decirme a qué hora sale y de qué andén?

—A las ocho y cuarto. Andén cuatro.

—¿Y cuál es el vagón y el asiento?

—Vagón ocho, asiento trece.

—¿Cuánto le debo?

—Setenta euros.

—Tenga —intentó sonreír a la mujer, pero no pudo, y un gesto sutil de gratitud fue su lánguida despedida.

—¿Y te vas sola? —preguntó el niño, que empezó a reírse con desenfreno mientras se alejaban.

Faltaba poco tiempo. Cogió su bolsa, se acercó al quiosco, donde compró una revista del corazón, y se dirigió hacia el andén cuatro por el paso subterráneo. Una vez allí, se sentó en un banco, se puso unos auriculares, música a todo volumen y comenzó a leer la revista. Todas y cada una de sus palabras.

Miró su reloj cuando marcaba las ocho y seis minutos, alzó un poco la mirada y el tren apareció a sus pies, justo la puerta de su vagón. Se puso unas gafas de sol, cogió con fuerza la bolsa, y al subir dejó caer la revista sobre la vía. El vagón estaba bastante vacío. Algunos viajeros colocaban sus maletas y se sentaban perezosamente en sus asientos. Encontró el suyo, de ventanilla, situación que le resultaba indiferente. Cerró los ojos y se hizo la dormida porque no quería que nadie se dirigiese a ella: «¿Cómo te llamas? Yo voy a tal sitio, ¿y tú?».

Un rato después abrió los ojos nuevamente porque le parecía que ya deberían haber empezado a moverse. Eran las ocho y veinticinco, y esa quietud le hizo pensar que quizá se había equivocado de tren, que este podría ir a cualquier otro lugar, que el revisor le pediría el billete y, al no ser el adecuado, la obligaría a apearse en la siguiente parada, seguramente demasiado cerca todavía. Bajó el volumen y le preguntó a un anciano que estaba sentado en la otra ventanilla si el tren llevaba retraso.

—Sí —dijo él, inclinándose hacia ella—. Siempre se retrasa un poco. A mí el mes pasado...

Pero ya no le interesaba y volvió a subir el volumen, aunque siguió mirando al anciano durante un rato mientras asentía fingiendo que le escuchaba. Poco después, se dio cuenta de que no podía disimular más y giró la cabeza hacia la ventanilla. En el último instante dudó, pero ya era tarde, ya había visto el tren que estaba en la vía de al lado, y las vacas del otro tren la observaban a través de las tablas del vagón con sus ojillos diminutos de niño tonto y fuerte. A ellas tampoco parecía importarles su destino. Era otro tren sin almas.

—¡Qué más da el matadero! —susurró.

El suyo arrancó y giró la cabeza viendo cómo las vacas se quedaban atrás, pensando en que podrían haber sido buenas compañeras de viaje, cariñosas y cálidas, con el vaho saliéndoles de los enormes hocicos, y que de vez en cuando le lamerían las piernas.

Cogió el libro de Ángel González, lo abrió por una página al azar, pero esa también se la sabía:

*Aquí no pasa nada,
salvo el tiempo:
irrepetible
música que resuena,
ya extinguida,
en un corazón hueco, abandonado,*

*que alguien toma un momento,
escucha
y tira.*

Y que si la esperanza no viene a visitarnos hace tiempo, y nadie se baña dos veces en el mismo río, y se le cerraron los ojos, y así es mi vida, odio a quien amo, porque así veía las palabras con más claridad: la c azulada, la r marrón, la o púrpura, y de ese modo el tacto de las páginas tenía sabor a pomelo un poco dulce; le salían volando de las manos como amarillas mariposas de azúcar. Rato tras rato, balanceándosele la cabeza en cada curva, casi sin oír la música que salía de un auricular, le entraba por una oreja y, antes de salirle por la otra, rebotaba en el otro auricular; y así cada canción dejaba su eco convertido en un violín desafinado, en unos pasos de mujer, en un fregadero sucio, en unas ventanas demasiado altas.

Alguien le tocó en el hombro. Abrió el ojo izquierdo con mucho cuidado, y en los labios de un hombre muy alto y pálido leyó «su billete, por favor», ante lo que ella cogió el billete de su bolso y se lo tendió. Dijo algo que no pudo entender, mordió el billete con una pinza y se lo devolvió.

Se dejó llevar un rato más sin que nada la devolviese a la realidad hasta que sintió un golpe en una pierna. Una chica rubia recogía su mochila del suelo y la miraba mientras se alejaba por el pasillo como si le desabotonase la blusa y le metiese un ojo en cada ventrículo de su corazón con la sonrisa del que ha descubierto un paisaje indescriptible. En el asiento que había abandonado la chica había un periódico, el periódico adecuado. Lo cogió, abierto por la página treinta y uno. Al fondo de la página leyó: «Se busca mujer de treinta y un años, alta, delgada, pelo castaño y corto, ojos marrones claro; última vez con blusa color verde claro y falda larga negra. Presencia ausente, habitualmente cabizbaja. Se recompensará. Teléfono 608946772». Sintió su teléfono móvil vibrando al lado de su cadera. Lo sacó, apartó los auriculares y presionó el botón de recibir llamada sin atreverse a responder.

—Hola —dijo una voz femenina al otro lado.

—Hola —respondió.

—Llamo por el anuncio del periódico, el de la mujer desaparecida.

—¿Sí?

—Creo que la he visto.

—¿Dónde? —preguntó.

—¿Por qué la buscan?

—Es evidente. Se ha perdido. Dime, ¿dónde la has visto?

—En un tren. —Las dos permanecieron unos instantes en silencio.

—¿Estás segura de que era ella?

—Sí, pero a mí no me parecía perdida.

—No debes hacer caso de las apariencias. Lo está.

—Pero estar perdida no tiene que ser algo malo.

—¿Me ayudarás a encontrarla? Necesito verla.

—¿Sabes qué? Creo que yo no puedo ayudarte, pero seguro que volvéis a reunirlos.

—No estés tan segura.

—Lo vi en su cara. Está deseando volver. ¿Puedes ser tú quien me haga un favor?

—No lo sé.

—Podrías darle mi número, decirle que mi nombre es Elena y que me llame pronto, que iremos juntas a la playa en un cercanías a bañarnos juntas y a coger medusas.

—Seguro que eso le encantaría.

—Gracias. Adiós.

—Adiós. —Y colgó.

El sol estaba al otro lado del tren, lo cual significaba que el destino había seguido su curso. Inclino la cabeza hacia la ventanilla y vio de reojo que la luz era anaranjada y que los pasajeros tenían aspecto de cansancio. Puso

nuevamente la música a todo volumen, introdujo una mano en su bolsa de viaje y se quedó un buen rato mirando al suelo mientras acariciaba su interior.

—Hola —le dijo un hombre de unos cincuenta años que se acababa de sentar a su lado, después de haberle separado el auricular de la oreja. Ella simplemente asintió. Él la cogió por la barbilla y colocó su cara frente a la suya para poder mirarse a los ojos—. ¿A dónde vas? —sonrió—. Yo tampoco lo sé.

—Perdone, pero no me interesa —atajó ella después de haber bajado el volumen de la música lo suficiente como para escuchar su propia voz.

—A mí tampoco —dijo él—, pero quiero proponerte algo. Escúchame, por favor. Los dos sabemos ya lo suficiente el uno del otro. Yo sé que lo que intentamos no es fácil, quizá tú todavía no, pero yo sí. Por eso sé que cuanto menos hablemos, mejor. Lo que quiero proponerte es muy sencillo: que me cambies tu billete. Sé que me entiendes perfectamente. Es fácil. Yo te diré que tienes que bajarte en la próxima estación, ir al andén dos y subirte al vagón número cuatro, asiento once de un tren que sale a las veinte y cincuenta. Si tú me das tu billete, me las apañaré para bajarme en tu estación de destino. No es necesario que confíes en mí. La probabilidad no es una cuestión de confianza. Podemos ayudarnos. Quizá podamos ayudarnos. ¿Qué me dices?

Ella le tendió su billete intentando disimular el temblor de la mano.

—Dóblalo por la mitad hacia el interior —pidió él—, por favor.

Así lo hizo, y él le dio el suyo también doblado; susurró algo que probablemente era la palabra suerte y se dirigió a otro vagón. Ella subió el volumen de nuevo y siguió el ritmo de la música con la punta de los pies hasta que el tren se detuvo en la siguiente parada. Se bajó, con los ojos centrados en el suelo, siempre los ojos centrados en el suelo, en las manchas del vagón, en el óxido de los escalones, en los chicles secos de las baldosas. Elevó la mirada furtivamente, lo justo para ver el letrero del andén dos. Paso subterráneo, banco sucio, media hora de espera, música que le dejaba el corazón hueco. Llegada del nuevo tren. Caminó a lo largo de dos vagones

hasta el suyo y subió. Otro tren, aunque podría ser otro planeta. Se sentó en su asiento, otro asiento. La luz ya era otra también, la de la ciudad que cegaba a la noche un poco más allá. En el asiento al otro lado del pasillo estaba sentado un niño de unos doce años. Le tendió el billete, esbozó la sonrisa de una tonta y le pidió que le dijese cuál era la hora de llegada de su tren. El niño, después de mirar dubitativo a su madre, miró el billete, su madre le señaló la casilla donde aparecía la hora, él se la dijo, ella dio las gracias con mucho entusiasmo, se volvió a su ventanilla de paisajes imposibles, se tomó una pastilla para dormir, puso el volumen al nivel de la conversación de unos desconocidos y se hundió en el asiento, se dejó hundir tan profundamente que casi tenía miedo de atravesar el suelo y caerse a la vía, aunque eso tampoco suponía una preocupación porque las traviesas de madera podrían ser un final tan bueno como cualquier otro.

La mirada se le perdió tanto en el cielo que las estrellas se convirtieron en el reloj de su destino, centelleaban fijas ante ella, tan fijas que se imaginaba que eran el telón de un enorme teatro que ocultaba a un público que bostezaba de hastío. La idea era tan insoportable que prefirió ponerse el antifaz para dormir y aguantar así, sin llegar a saber si estaba realmente dormida, sin saber si los restos del naufragio entre los que nadaba estaban en su imaginación; los restos de un naufragio en un mar en calma plagado de monedas que flotaban porque en realidad eran monedas de chocolate, pequeñas notas escritas que se deshacían en las manos, una barra de carmín, un espantapájaros que se desintegraba, un sinfín de objetos que la arrastraban.

Abrió los ojos al percibir movimiento a su alrededor. Se sacó el antifaz y vio que todos los pasajeros desfilaban por el pasillo con los hombros caídos. Se enderezó. Cogió su bolsa de viaje, la puso sobre su regazo, introdujo la mano en una leve caricia y se puso en pie dejando la bolsa en el suelo para incorporarse al desfile. Le parecía que la gente estaba fría como si pasease entre una multitud de maniqués. Se detuvo un instante ante la puerta del vagón,

tan diminuta a sus ojos que hizo el gesto de inclinar la cabeza para salir.

Ya en el andén principal, los pies se le deslizaban por las baldosas como en un paseo por el barro. Ya amanecía en la estación casi desierta, con el día avanzando veloz entre cada uno de sus parpadeos. Un tren emitió un chirrido metálico que la azuzó y le hizo emprender una pequeña carrera errática. Volvió a detenerse ante el reloj de la estación, abrazándose a sí misma, con el llanto entrecortándole el aliento porque le daba mucho miedo la sensación del suelo hundiéndose lentamente bajo sus pies en un socavón que alguien tataría para que nadie más se cayese, de modo que en lo que pensaba que sería su último esfuerzo apoyó una mano en el suelo para intentar salir del agujero, pero no podía, su mano lo rompía porque estaba hecho de papel húmedo, aunque le daba igual, no luchaba contra el miedo, en realidad estaba luchando contra la desesperación, con la misma intensidad de un niño que lucha contra su padre. Alguien la cogió por el codo y la ayudó a recuperar el equilibrio.

—Señorita —se interesó un hombre con una enorme barba canosa—, señorita, levántese. ¿Se encuentra bien? ¿Se ha mareado? ¿Quiere un vaso de agua?

Ella, azorada, respondió a todo que no, y él le dijo que se había olvidado la bolsa en el vagón y que se la había traído. Sonrió orgulloso y se fue. Miró la bolsa, que la miraba a ella con su enorme boca cerrada en un gesto de conmiseración transformado en una sonrisa censuradora. La cogió, pero era incapaz de levantarla, así que la arrastró hasta un banco cercano en el que se sentó. Dejó caer la cara entre las manos, cuyos dedos se alargaban, trepando por su frente hasta rodearle toda la cabeza en una caricia displicente. Las separó para dejar caer las lágrimas y entonces lo vio. Cogió del suelo el guante de lana y se secó los ojos con él, se arañó los ojos con él hasta que le escocieron y los párpados se le quedaron negros y llenos de surcos como un puzle abandonado. Se puso en pie, lo apretó con fuerza y caminó con toda la determinación con la que sus piernas podían arrastrarla hacia la ventanilla, donde unos dedos repiqueteaban sobre el mármol. Y ella dijo:

—Un billete, por favor.